

COLLECCIÓN
DRUGUERA

PUNTO
ROJO

GATOS ASESINOS

Joseph Berna



SOLO MAYORES
DE **18** AÑOS

JOSEPH BERNA

Gatos asesinos

Colección PUNTO ROJO nº 987. Bruguera - 1981

Colección PUNTO ROJO nº 61. Ediciones B – 1995

CAPÍTULO PRIMERO

Don Lorimer detuvo su coche, un Ford azul oscuro, frente a Las Antorchas, uno de los muchos clubs nocturnos con que contaba la ciudad de Chicago.

Don, un tipo de unos veintisiete años de edad, alrededor de un metro noventa de estatura, pelo negro y ensortijado, facciones agradables, traje marrón claro, confeccionado a la medida, se apeó de su automóvil y caminó sin prisas hacia la entrada del club.

Una música lenta, suave y sensual, llegaba hasta la calle.

Don Lorimer penetró en Las Antorchas y bajó las escaleras.

Para hacer honor a su nombre, el club se hallaba iluminado por media docena de antorchas, convenientemente distribuidas por el local. Como éste no era precisamente pequeño, la iluminación no era excesiva, pero eso, lejos de ser un defecto, favorecía el ambiente del club, al que solían acudir hombres solos en busca de una mujer joven y atractiva, con la que pasar la noche o simplemente un par de horas, a cambio de una determinada suma.

Don Lorimer ocupó una mesa, más bien alejada de la pista de baile, en la que ahora no bailaba nadie, porque en el local tenía lugar el primer pase de atracciones.

Una rubia platino se estaba desnudando en el centro de la pista, moviendo voluptuosamente su explosivo cuerpo, al compás de la exótica melodía que interpretaban los músicos, colocados detrás de una cortina transparente.

El *striptease* de la rubia platino era realmente bueno, pero Don Lorimer apenas le prestó atención. En vez de mirar hacia la pista, miraba hacia la barra del bar, en donde se veían varias mujeres, jóvenes y hermosas, sentadas en sendos taburetes, exhibiendo generosamente las piernas.

Eran las profesionales del amor que acudían cada noche a Las Antorchas en busca de clientes. Fumaban tranquilamente, entre sorbo y sorbo de licor, esperando que alguien las llamase.

Don Lorimer las escrutó detenidamente a todas.

Mientras, en la pista, la rubia platino seguía quitándose prendas, sin dejar de moverse como una anguila.

Ya casi se lo había quitado todo.

Sólo conservaba las exiguas braguitas negras.

Empezó a bajárselas.

Muy lentamente.

De espaldas al público.

A la mayor parte del público, porque los que ocupaban las mesas ubicadas a ambos lados de la pista, veían a la rubia platino de perfil.

Y menudo perfil tenía la tía...

Algunas bocas se habían abierto, poco después de que la rubia platino se despojase del breve sujetador y dejase al descubierto sus poderosos senos, que ella se encargaba de mantener en movimiento, para excitar a los hombres que presenciaban su actuación.

Las profesionales del placer, que también seguían el número de la rubia platino, sonreían.

Era bueno para ellas que los espectadores se excitasen, porque luego las buscarían para desahogarse, y eso suponía negocio.

Don Lorimer ya había hecho su elección.

La tercera mujer, empezando por la izquierda.

Era una pelirroja realmente apetecible.

La mirada de la prostituta abandonó por un instante la pista de baile y se encontró con la de Don Lorimer.

Don le sonrió.

Fue suficiente.

La pelirroja descruzó sus excitantes piernas, se bajó del taburete y caminó hacia la mesa que ocupaba Don Lorimer, moviendo rítmicamente sus formidables caderas.

En aquel preciso instante, los espectadores empezaron a aplaudir.

Don Lorimer desvió su mirada hacia la pista.

La rubia platino, ya se había despojado de las frívolas braguitas, y de cara al público, mostraba su cuerpo totalmente desnudo, con una picara sonrisa en los labios, las manos en las caderas, las piernas ligeramente separadas, para que nadie dijese que ocultaba nada.

Un empleado del club apareció en la pista, con una bata brillante, que ofreció a la artista de *striptease*.

La rubia platino se la enfundó, lanzó unos besos al público, y luego se retiró.

—Hola.

Don Lorimer ladeó la cabeza.

La prostituta del pelo rojizo ya estaba junto a él y le sonreía de un modo muy profesional.

—Hola —respondió Don.

—¿Me siento?

—Sí, por favor.

La chica ocupó una silla.

—¿Cómo te llamas? —le preguntó Don.

—Eva. ¿Y tú...?

—Don.

—¿Te ha gustado el número. Don?

—Sí, no ha estado mal.

—El que viene ahora es mucho más fuerte.

—¿De veras?

—Es un número de lesbianismo. Lo interpretan dos hermanas. Las dos son muy hermosas y lo hacen muy bien. Son terriblemente audaces.

—No lo dudo. Pero si tú y yo nos ponemos de acuerdo en el precio, no veremos a esas hermanitas tan bellas y tan atrevidas.

—¿Por qué no nos íbamos a poner de acuerdo?

—Puede que seas demasiado cara.

—Cobro un precio justo.

—¿Cuánto?

—Cien dólares.

—Es bastante.

—Me los gano con creces en la cama, te lo aseguro.

Don Lorimer sonrió.

—Está bien, Eva. Vámonos.

—¿De verdad no quieres presenciar el número de lesbianismo?

—No, no me gusta ver a dos mujeres haciendo el amor.

—A mi tampoco, debo ser sincera —confesó la prostituta, y se levantó de la silla.

Don ya se había puesto en pie.

Tomó a Eva del brazo y caminaron hacia la salida del club.

Estaban subiendo ya las escaleras, cuando se escucharon algunos aplausos.

—Las hermanitas acaban de aparecer en la pista —adivinó la profesional del amor.

—Me cuesta entender que una mujer prefiera los besos y las caricias de otra mujer a las de un hombre —dijo Don.

—Tampoco yo entiendo que un hombre prefiera estar en la cama con otro hombre, pudiendo estar con una mujer —repuso Eva.

—Eso es aún más absurdo, debo reconocerlo.

—Muchísimo más —estuvo de acuerdo la prostituta.

Alcanzaron la calle y Don llevó a Eva hacia donde se hallaba estacionado su Ford.

Acomodados ya en él, y antes de ponerlo en marcha, Don Lorimer miró a la profesional del placer y dijo:

—Debo aclararte algo, Eva.

—¿El qué?

—No te he buscado para mí.

—¿Cómo?

—Que no es conmigo con quien debes hacer el amor, sino con un amigo mío.

La desilusión se reflejó en el rostro de la prostituta.

—¿Con un amigo tuyo...?

—Sí.

—¿Y por qué te encargas tú de...?

—Él nunca sale de casa.

—¿Se trata de un inválido, acaso?

—No, se trata de un hombre perfectamente sano.

—¿Entonces...?

—Verás, Eva. Mi amigo tiene complejo de feo.

—¡Ay, madre! —exclamó la pelirroja, respingando—. ¿Tan horrible es...?

—Desde que tuvo el accidente, si. Antes era un joven muy apuesto, pero tuvo la desgracia de...

—¿Qué le pasó, Don? —preguntó Eva, al ver que Lorimer se interrumpía.

—Le atacó un gato.

—¿Un gato...?

—Sí, Eva. Mi amigo se llama Edward y estaba casado con Rhonda, una preciosa mujer con la que no se llevaba demasiado bien, porque ella tenía un carácter muy difícil.

Discutían muy a menudo, a veces de forma violenta, llegando incluso a abofetearse mutuamente. A Rhonda le gustaban mucho los gatos y tenía uno en casa. El gato, al que llamaban «Pirracas», se mostraba muy dócil y obediente con ella, pero no así con Edward, quien le tenía manía por eso. Aquella infortunada noche, Edward y Rhonda tuvieron una acalorada discusión. Rhonda le dio una tremenda bofetada a Edward, y éste se la devolvió. El gato, que se hallaba presente, lanzó un fiero maullido y saltó sobre Edward. Sobre su rostro, más concretamente. Edward chilló, al sentir cómo las garras del felino se clavaban en su carne y hacían brotar la sangre.

—¡Qué horror! —gimió la prostituta, estremecida.

Don Lorimer, gravemente, prosiguió con el relato: —Edward trató desesperadamente de arrancarse el maldito gato de la cara, pero no le fue fácil conseguirlo. Cuando por fin lo logró, su rostro y su cuello estaban totalmente desgarrados y cubiertos de sangre. Lo más espantoso de todo, sin embargo, fue que perdió el ojo izquierdo.

—¡Oh, no! —se estremeció aún más Eva.

—Sí, el gato se lo destrozó con sus garras y casi se lo sacó de la cuenca. Los médicos que le atendieron, nada pudieron hacer. Edward lleva un parche en el ojo izquierdo. Prefiere eso a llevar un ojo de cristal.

—¿Y su cara y su cuello...?

—Llenos de cicatrices.

—Qué espanto. Dios mío...

—Yo le he aconsejado varias veces que se haga la cirugía estética, pero Edward se niega rotundamente. Sabe que las cicatrices le afean mucho, que dan a su rostro un aspecto siniestro y macabro, pero no quiere operarse.

—¿Y Rhonda, su mujer...?

—Le abandonó aquella misma noche y se divorció de él. Edward no ha vuelto a verla más.

—Debe de odiarla mucho, ¿no?

—No, no creo que Edward odie a Rhonda.

—Le abandonó después de «aquello»...

—A pesar de ello.

—Y fue su gato quien le destrozó la cara y el cuello...

—Edward no culpa de eso a Rhonda, sino al gato.

—Sí, pero...

—Edward amaba mucho a su mujer, Eva. A pesar de las discusiones y de las bofetadas.

Creo que por eso no quiere operarse. No le importa tener un aspecto tan horrible, porque no piensa ni desea enamorar a otra mujer. Sigue enamorado de Rhonda, aunque ella le haya abandonado. Y me temo que nunca la olvidará.

—Pero sí desea, de vez en cuando, la compañía de otras mujeres...

Don Lorimer sonrió levemente.

—Es un hombre, Eva. Perfectamente sano, como ya te he dicho. Es natural que de cuando en cuando sienta la necesidad de hacer el amor con una mujer. Y, como no puede salir a buscarla, por culpa de las cicatrices, me encargo yo de proporcionársela. No me molesta hacerlo, porque aprecio mucho a Edward. Es un gran tipo. Haría cualquier cosa por él. —Entiendo.

—¿No te importa hacer el amor con Edward, Eva?

—¿Por qué iba a importarme?

—Por lo de las cicatrices y el parche en el ojo. Impresiona lo suyo al principio, ¿sabes?

—Ya lo supongo. Pero yo soy una profesional, Don, y lo mismo hago el amor con hombres guapos que con hombres feos, con hombres altos que con hombres bajitos, con hombres musculosos que con hombres canijos. Siempre que paguen lo que pido por acostarme con ellos...

—Algunas compañeras tuyas de profesión elevaron su tarifa cuando les dije que no era conmigo con quien tenían que hacer el amor, sino con Edward. Y otras se negaron de forma rotunda.

—Ni unas ni otras son verdaderas profesionales. Yo haré el amor con tu amigo Edward y le cobraré cien dólares, porque ése es mi precio. No quiero ni un centavo más.

Don Lorimer sonrió y acarició el rostro de la prostituta.

—Eres una gran chica, Eva.

—¿Por qué no me das un beso, Don? —pidió ella, sonriendo a su vez—. No te cobraré nada por ello.

—Gracias —dijo Lorimer, y besó los sensuales labios de la profesional del placer.

CAPÍTULO II

El Dodge color café, un modelo antiguo, con la carrocería llena de abolladuras y pelados, circulaba por las calles de Chicago.

De vez en cuando petorreaba por el tubo de escape y daba un susto a los transeúntes que pillaba cerca.

Al volante del deteriorado Dodge iba Tony Laven, un tipo alto y delgado, que rezumaba vitalidad por cada uno de los poros de su piel. Tenía veintisiete años, el pelo oscuro y las facciones correctas. Vestía traje gris, camisa blanca, con finas rayas azules, y no llevaba corbata.

Junto a Tony Laven viajaba Buck Oland, que medía casi diez centímetros más que él y era mucho más corpulento.

Buck parecía un boxeador del peso pesado.

Y hasta tenía cara de eso, de púgil profesional, por lo aplastada que tenía la nariz.

Buck Oland era cinco años mayor que Tony Laven, tenía el pelo rubio, bastante recortado, y vestía un traje oscuro, no demasiado nuevo.

Tampoco podía decirse que el traje de Tony estuviese impecable, pero desde luego estaba bastante mejor que el de su compañero, quien por cierto viajaba encogido en el asiento.

Tony Laven se dio cuenta de ello y preguntó: —¿No te sientes bien, Buck?

—Me siento perfectamente. ¿Por qué lo preguntas?

—Te veo encogido.

—Y lo estoy.

—¿Por qué razón?

—No quiero que la gente me vea.

—No debemos nada a nadie.

—No me encojo por eso.

—¿Por qué, entonces?

—Me da vergüenza viajar en un coche tan ridículo como el nuestro.

—¿Lo dices porque petorrea?

—Porque petorrea... y porque se cae a pedazos.

—Eso no es verdad, Buck. La carrocería está bien.

—La carrocería es un asco, como todo lo demás.

—Bueno, ya sé que necesita una mano de pintura, pero...

—No serviría de nada, Tony, porque aunque la mona se vista de seda, mona se queda.

Sabes lo que quiero decir, ¿verdad?

—Sí te refieres a las abolladuras, eso se arregla con unos cuantos martillazos.

Buck Oland lanzó una carcajada.

—No me hagas reír, compañero. Si le das un martillazo al coche, uno

solo, se desmorona en el acto.

—¿Qué te apuestas a que no?

—Nada puedo apostar, porque nada tengo. Y tú tampoco.

—Hombre, algo nos quedará por los bolsillos —carraspeó Tony.

—Sí, algunos centavos —rezongó Buck—, ¿Y qué son algunos centavos, Tony? ¿Qué se puede comprar con ellos?

—Nada, es cierto. Pero mañana tendremos dinero fresco, Buck.

—Suponiendo que lo del anuncio en el periódico sea verdad, cosa que dudo.

—¿Por qué no iba a ser verdad?

—Encuentro muy extraño que alguien compre gatos vivos a diez dólares.

—Hombre, muy frecuente no es, desde luego. Pero de ahí a pensar que se trate de una broma, media un abismo.

—No media tanto, Tony, no media tanto.

—Verás cómo es cierto, Buck.

—¿Para qué puede querer esa persona tantos gatos vivos?

—Bueno, lo más probable es que le gusten mucho, que sienta un gran cariño por ellos, y sufra al pensar en la cantidad de gatos callejeros que hay en Chicago, expuestos a todos los peligros.

—No sigas, Tony, que me vas a hacer llorar.

—¿No lo crees posible. Buck?

—Sinceramente, no. Más me inclino a pensar que esa persona quiere los gatos para hacer salchichas y luego venderlas como si fueran de cerdo.

Tony Laven rió.

—No seas estúpido, Buck.

—¿De veras te parece una estupidez?

—Como Un castillo de grande.

—Pues no sería la primera vez que denuncian a un carnicero por hacer embutidos con carne de perro, de gato y hasta de rata...

Tony compuso una mueca de asco.

—¿Quieres que devuelva la cena, Buck?

—No es esa mi intención.

—Entonces, cállate.

—Ya estoy callado.

—Y ponte recto, ¿quieres?

—Eso sí que no. Mientras sigamos teniendo este trasto, viajaré encogido.

—El motor todavía responde, Buck.

—Yo lo llamo y no me contesta.

—No hagas chistes, maldita sea.

—No sé cómo tengo humor para hacerlos, ésa es la verdad. Sin trabajo, sin dinero, viajando en un coche tan viejo que si lo llevamos a

un cementerio de automóviles no lo quieren, porque ni siquiera sirve para chatarra...

—Estás exagerando. Buck.

—En lo del coche, tal vez, pero en lo otro...

—Estamos sin trabajo, es cierto. Pero los dos sabíamos, cuando decidimos dedicarnos a la investigación privada, que no sería fácil abrirse camino en dicha profesión. En Chicago hay cientos de detectives privados, y la mayoría de ellos lo son desde hace muchos años.

Tienen fama, clientes, mejores medios que nosotros.

—Especialmente, de transporte.

—Basta ya de ironías, Buck.

—Perdona, no quería molestarte.

—Sí analizamos fríamente la situación, no podemos quejarnos.

—¿Quién se queja?

—Tú.

—Por decir algo. Tú sabes que yo, en el fondo, me considero el más feliz y afortunado de los hombres. Hasta me permito el lujo de salir de cacería y todo... Como los millonarios. Claro que ellos cazan tigres, leones y elefantes, y nosotros vamos a cazar gatos. Pero lo nuestro tiene más mérito, porque no llevamos escopetas.

Tony Laven fulminó con la mirada a su compañero. —¿Te sacudo ahora o después?

—Mejor después, al término de la cacería, cuando nos hagamos la foto con los ejemplares capturados vivos. Suponiendo que consigamos capturar algunos, claro...

—Creo que voy a sacudirte ahora, socarrón del demonio —masculló Tony, levantando el puño derecho.

—¡Cuidado. Tony! —gritó Buck, apuntando al frente.

Instintivamente, Tony Laven pisó el freno y los gastados neumáticos del viejo Dodge chirriaron lastimosamente.

—¿Qué ocurre, Buck? —preguntó, al no ver nada de particular.

—Has estado a punto de atropellar diez dólares, Tony.

Laven respingó en el asiento.

—¿Hay un billete de diez dólares en el asfalto? —exclamó, disponiéndose ya a salir del coche para recogerlo.

Buck Oland se echó a reír.

—Tranquilo, Tony. No hay ningún billete tirado en el asfalto.

—Tú lo dijiste, ¿no?

—Era un gato

—¿Qué?

—Un gato callejero. Tony. Se cruzó de pronto y estuviste a punto de convertirlo en gelatina gaturrona con las ruedas de nuestro coche. Por eso grité. Un gato callejero vivo son diez dólares en potencia, mientras

que un gato callejero muerto no sirve para nada.

Tony Laven entrecerró los ojos.

—Yo no vi ningún gato, Buck.

—Claro. ¿Cómo lo ibas a ver, si me estabas mirando a mí? Querías sacudirme, ¿no lo recuerdas?

—Por eso te inventaste lo del gato, para evitar que te diera el puñetazo.

—¿Que yo me inventé lo del...? ¡Oh, vamos. Tony! ¿Cómo puedes pensar eso de mí?

¡Soy tu amigo, además de tu socio!

—¿Y qué?

—Que mi cara está a tu entera disposición, puedes rompérmela cuando quieras.

Laven no pudo reprimir una sonrisa.

—Está bien, olvidémoslo. Pero conste que no me trago lo del gato.

—Pues es verdad, casi atropellamos uno.

Tony Laven puso nuevamente en marcha el Dodge, que petorreó con fuerza al arrancar.

—Este cacharro arma más ruido que un tanque —masculló Buck Oland, y se encogió todo lo que pudo en el asiento.

Laven rió.

—Ya estamos cerca. Buck.

—¿Cerca de dónde?

—Del lugar en que vamos a practicar la caza del gato.

—¿Ah, sí? ¿Y qué lugar es ése?

—Una calle cerrada, en la que se amontonan las cajas y los cubos de basura.

—Qué asco —compuso una mueca Buck—, Debe de oler a demonios.

—Sí, no huele precisamente a rosas, pero hay muchos gatos, rebuscando entre los desperdicios.

—No será fácil cogerlos y meterlos en los sacos.

—Lo más sencillo del mundo —aseguró Tony, sonriendo.

—¿Tú crees?

—¿Qué es lo que más les gusta a los gatos, Buck?

—Las sardinas, creo.

—Llevo un par de latas en los bolsillos.

—¡No!

—¡Sí!

Los dos amigos rieron divertidamente.

—¡Eres un genio. Tony!

—Mi madre ya lo decía.

Poco después. Tony Laven detenía el coche a la entrada de la calle cuyo otro extremo se hallaba tapiado con ladrillos rojos.

—Hemos llegado. Buck.

Oland arrugo la nariz.

—Sí, hasta mis fosas nasales llega el delicioso aroma de la basura que lleva varios días sin ser recogida.

—¿No hueles también a gato?

—Más bien huelo a rata.

—Habiendo gatos, no puede haber ratas. Ya sabes que no se llevan bien.

—Eso es verdad.

—Coge tú los sacos, Buck. Yo llevaré las sardinas.

—Qué listo.

—Deja ya de gruñir y haz lo que te digo.

—Sí, amo.

—Buck, por favor.

—Está bien, está bien —rezongó Oland, y atrapó los sacos vacíos que descansaban en el asiento trasero.

Tony Laven ya había salido del coche.

Buck Oland salió también, cargado con los sacos.

—Siento complejo de ladrón, Tony.

—No digas tonterías, Buck. No vamos a robar nada.

—Lo sé, pero no me negarás que damos esa impresión, por culpa de los sacos. Sólo nos falta la linterna y una palanqueta para forzar las puertas o las ventanas.

—No seas majadero, Buck.

—Sí, tú llámame lo que quieras, pero como pase un policía y nos vea...

—Cierra el pico y sígueme.

—¿Tienes preparadas ya las sardinas?

—Que te calles, he dicho. Vas a ahuyentar todos los gatos con tu voz de toro.

—Seré un sarcófago.

Tony echó a andar y Buck le siguió.

Apenas entrar en la calle, comenzaron a oír ruidos.

Procedían del fondo de la misma.

Tony y Buck pensaron que era cosa de los gatos callejeros, pero, al adentrarse más en la calle, escucharon risas ahogadas, murmullos de voces, jadeos y hasta un gemido de dolor, emitido por una garganta femenina, que al instante enmudeció, como si una férrea mano hubiese caído sobre su boca.

Los dos amigos cambiaron una mirada.

No llegaron a pronunciar palabra, porque ambos pensaban lo mismo.

Allí al fondo de la calle, una mujer estaba siendo violada por varios hombres.

Sin dudarlo ni un segundo más. Tony Laven y Buck Oland corrieron en ayuda de la desgraciada.

CAPÍTULO III

Tras el largo y apasionado beso, Don Lorimer y la prostituta que no tenía ningún inconveniente en acostarse con Edward, el amigo de Don, se miraron a los ojos.

—Me gustaría hacer el amor contigo, Don —confesó ella.

—A mí también me gustaría, Eva —respondió él.

—Podemos hacerlo, después de que yo haya complacido a tu amigo Edward. O antes, si lo prefieres.

—Sí, me gustaría que fuera antes, pero no tenemos tiempo. Eva. Edward nos está esperando.

—Sí no nos entretenemos demasiado... —sonrió maliciosamente la profesional del amor.

Don Lorimer hundió su mano en los rojos cabellos femeninos, suaves y brillantes.

—Con una mujer como tú, es obligado entretenerse —repuso galantemente, al tiempo que posaba su otra mano sobre los tentadores muslos de la prostituta.

Ella los entreabrió, para facilitar las caricias.

—Tienes razón. Don. Creo que a mí tampoco me gustaría hacer el amor contigo con prisas. Lo haremos después de que haya satisfecho el deseo sexual de tu amigo Edward, ¿de acuerdo?

—De acuerdo. Pero tendrás que hacerme un precio especial. Eva.

—¿Te parece que no valgo cien dólares? —se molestó ligeramente la pelirroja.

—Sí, estoy seguro de que los vales —sonrió Don, soltando el pelo de la prostituta y deslizando esa mano hacia el pronunciado escote de su vestido de noche.

Eva permitió que le acariciara los senos, altos y agresivos, deliciosamente suaves al tacto.

—Don...

—¿Qué?

—¿Es mucho cien dólares para ti?

—Sí, es bastante.

—Vistes con elegancia. Y tienes un magnifico coche.

—No se lo digas a nadie, pero aún no he terminado de pagar el traje que llevo. Y lo mismo sucede con el coche.

—Me cuesta creerlo.

—Es la verdad, Eva.

—¿Seguro que no lo dices para que baje mi tarifa contigo?

—No, te doy mi palabra. Y le diré una cosa, Eva. Yo no suelo pagar por acostarme con una mujer, porque conozco a unas cuantas que están deseando que las llame. Contigo, sin embargo, estoy dispuesto a

hacer una excepción. Siempre que el precio esté a mi alcance, claro.

—¿Te parece bien setenta y cinco?

—Sigue siendo mucho para mí, en estos momentos —respondió Don, al tiempo que apretaba con suavidad el pecho izquierdo de la prostituta y estimulaba su erecto pezón.

Eva ahogó un gemido de placer.

—Cincuenta y no se hable más.

—No puedo pagarte más de veinticinco, Eva.

—¡Eso es un precio ridículo!

—Lo sé, pero es todo lo que tengo —aseguró Don, alcanzando la intimidad de la profesional del amor con su mano izquierda.

Ella gimió dulcemente y cerró los ojos un instante.

—Está bien, veinticinco —accedió.

—Trato hecho —sonrió Don, retirando sus manos de entre los muslos y los senos de la prostituta.

Eva abrió los ojos, desilusionada.

—¿Qué haces. Don?

—Poner el coche en marcha.

—¿Por qué no me acaricias un poco más?

—Ya hemos perdido demasiado tiempo, Eva.

—Por cinco minutos más...

—Ya llegará nuestro momento, no te preocupes.

—No sabes cuánto lo deseo. Don.

—Y yo, te lo aseguro.

—Pero no le digas a nadie que te cobré sólo veinticinco pavos, ¿eh?

¡Sería el hazmerreír del gremio de prostitutas!

Don Lorimer rió.

—Descuida, nadie lo sabrá.

—Confío en tu palabra —rió también Eva, y se cogió del brazo de Don, descansando su rojiza cabeza en el hombro de él.

Minutos después, Don Lorimer sacaba su coche de la ciudad y tomaba una carretera secundaria.

—¿Adónde me llevas, Don...? —preguntó Eva, extrañada.

—A casa de Edward.

—¿No vive en Chicago?

—No, ya no. Después del trágico suceso. Edward vendió su casa y adquirió otra lejos de la ciudad. Una casa antigua y solitaria, de la que no ha salido desde el día en que se instaló en ella.

—Entiendo.

—Hay casi una hora de coche, así que tienes tiempo de descabezar un sueño sobre mi hombro.

—¿No te aprovecharás de mí, si me duermo?

—Necesito las dos manos para conducir.

—Los hay que dominan perfectamente el volante con una, y con la

otra...

—No es mi caso, puedes estar tranquila.

—Tonto, si me harías un favor —rió la prostituta, y le dio un beso en la oreja, cuyo lóbulo mordisqueó después juguetonamente.

—Deja de morderme la oreja, Eva, o nos la pegamos.

—¿Tan nervioso te pone?

—Mucho.

—Pues no son sólo las orejas lo que me gusta morder.

—No seas perversa y duérmete. Conduciré más tranquilo.

Eva hizo caso y se durmió, después de acomodar su cabeza sobre el hombro de Don.

—Eva, despierta —dijo Don Lorimer, acariciando la mejilla de la prostituta.

Ella abrió los ojos.

Vio que el coche se había detenido.

—¿Hemos llegado, Don...?

—Sí, ésa es la casa de Edward.

Eva se fijó en la tétrica construcción, escasamente iluminada por una bombilla sucia de polvo.

—Qué aspecto tan lúgubre... —murmuró, sintiendo un poco de miedo.

—Es una casa antigua, ya te lo dije.

—Serviría para filmar en ella una película de terror, ¿no crees?

Don rió.

—Qué ocurrencia. Anda, vamos.

Descendieron los dos del coche.

—No será necesario llamar, tengo una llave —dijo Don, metiéndose la mano en el bolsillo de la chaqueta.

Extrajo la llave y tomó a Eva por el codo, llevándola hacia la puerta del antiguo caserón.

—¿Vive solo tu amigo. Don? —preguntó la prostituta.

—No, una mujer, ya entrada en años, cuida de él. Le prepara la comida, lava su ropa, mantiene la casa aseada... Edward le paga un buen sueldo.

—¿Estará levantada todavía?

—No, no lo creo. Es tarde y Lorenza suele acostarse temprano.

—¿Se llama así...?

—Sí, Lorenza es su nombre.

—¿Y dices que es una mujer mayor?

—Sí, los cincuenta ya no los cumplirá.

—Sí fuera más joven, Edward ya tendría con quién satisfacer su deseo sexual.

Don Lorimer rió, al tiempo que sacudía la cabeza.

—No, no lo creo. Edward no se acostaría con Lorenza ni aunque ella tuviera veinte años.

—¿Por qué?

—Es más fea que un taco. Y está más chupada que la pipa de un indio. Todo son huesos, la mires por donde la mires. Huesos y piel. Carne, ni un gramo. No tiene pecho, no tiene caderas, no tiene nalgas... No tiene nada de nada. Yo nunca la he visto desnuda, claro, pero debe de dar ganas de echar a correr. Lorenza, sin ropa, debe de parecer un esqueleto.

Eva se estremeció visiblemente.

—No me asustes, Don.

—¿Por decirte que Lorenza está muy flaca...?

—No debiste mencionar la palabra «esqueleto».

—¡Qué tontería! —rió Don, y abrió la puerta de la casa.

Entraron en ella.

Don accionó un interruptor y la lámpara del vestíbulo se encendió.

Aquella luz era más potente que la exterior, pero tampoco se pasaba.

Don cerró la puerta y volvió a tomar a la prostituta del brazo.

—Vamos, Eva.

—¿Adónde?

—Arriba, Edward te espera en su habitación.

—¿Acostado?

—Supongo que sí.

—Qué falta de tacto.

—No esperes que Edward se muestre amable y delicado contigo. Eva. No lo hace con ninguna de las mujeres que le traigo.

—Dijiste que Edward era un gran tipo.

—Y lo es. Pero está triste, amargado, dolorido por todo lo que le ha pasado. La pérdida de un ojo, las cicatrices, el abandono de su mujer, a la que tanto amaba...

—Lo comprendo.

—Sí se muestra agrio y brusco contigo, perdónaselo.

—Se lo perdonaré, no te preocupes —prometió Eva, con una leve sonrisa.

Don le cogió suavemente la barbilla y la besó en los labios.

—Eres una chica estupenda, Eva.

—Te lo demostraré cuando estemos en la cama.

—Primero demuéstreselo a Edward.

—Lo haré, no temas. Yo siempre rindo al máximo, soy muy profesional.

—Muy perversa, eso es lo que eres —repuso Don, y le arreó un pellizco en la firme y marcada grupa.

Eva dio un grito, al tiempo que arqueaba el cuerpo.

—¡Salvaje!

—Pero si ha sido un pellizquito de nada —rió Don.

—¡Seguro que ha dejado señal! —se temió la prostituta, masajeándose

la nalga.

—Sí es así, la haré desaparecer a besos —prometió Lorimer.

—Me encanta la idea —sonrió pícaramente Eva.

Don la condujo hacia la escalera que se veía al fondo del vestíbulo.

Subieron al piso alto.

El corredor estaba a oscuras, por lo que Don se vio precisado a encender la luz.

Una luz débil, como todas las de aquella casa, por lo visto.

Eva vio dos puertas.

—Es la primera —indicó Don.

—¿La habitación de Edward?

—Sí, entra sin llamar, te está esperando.

—¿Y tú...?

—Aguardaré abajo. Cuando termines con Edward, nos iremos.

—Está bien.

—Vamos, no le hagas esperar más —apremió Don, empujándola con suavidad.

Eva caminó hacia la puerta de la habitación de Edward.

De haber sospechado lo que le esperaba al otro lado, jamás hubiera abierto aquella puerta.

CAPÍTULO IV

Tony Laven y Buck Oland no se habían equivocado.

Lo supieron en cuanto alcanzaron el fondo de la calle elegida por Tony para cazar gatos vivos, después de sortear las cajas y los cubos de basura.

Allí, junto a la tapia de rojos ladrillos que cerraba la maloliente calle, tumbada en el suelo, yacía una mujer joven, morena, con las ropas totalmente desgarradas.

Un tipo le sujetaba los brazos, otro las piernas, y un tercero se hallaba sobre ella con los pantalones bajados. Este último, al tiempo que violaba a la mujer, le mordía salvajemente los pechos.

La desgraciada no podía gritar, porque una de las manos del individuo que la estaba poseyendo y martirizando con los dientes le cubría apretadamente la boca.

La llegada de Tony Laven y Buck Oland puso fin a la canallada.

Y de una manera fulminante además.

Tony fue el primero en disparar la pierna.

La puntera de su zapato se incrustó justo debajo del desnudo trasero del cerdo que estaba violando a la indefensa mujer, pillándole de lleno los testículos.

El bramido que lanzó el tipo hizo estremecer la tapia de ladrillos.

Le faltó tiempo para quitarse de encima de la mujer y revolcarse por el suelo, con las manos entre los muslos y sin dejar de dar aullidos, porque el dolor que sentía en los genitales era terrible, espantoso, verdaderamente insoportable. De ahí que sus apretados ojos despidiesen unos lagrimones como guisantes.

Tampoco fue extraño que sintiese deseos de vomitar.

Y que vomitase.

Nadie le multaría por hacerlo en una calle tan puerca como aquélla.

Sus compañeros no corrieron mejor suerte, porque Buck Oland los había tomado por su cuenta.

Y cuando Buck Oland tomaba por su cuenta a alguien...

Al tipo que sujetaba los brazos de la mujer morena le saltó la mitad de los dientes de un tremendo patadón, mientras que al otro, al que sujetaba las piernas de la chica, le hundió la puntera del zapato en el hígado y se lo subió hasta la misma garganta.

Los dos individuos bramaron a dúo, ahogando los aullidos de su compañero, cuyos genitales se hinchaban por momentos, alcanzando un tamaño verdaderamente alarmante.

—¡Encárgate de los tipos, Buck! —pidió Tony—. ¡Que no escape ninguno!

—Descuida, no escapan —aseguró Buck y repartió tres patadones

más.

Los individuos acentuaron los aullidos.

Como a Buck empezaron a molestarle los chillidos de rata, les colocó un saco a cada uno y luego cerró las bocas de los sacos fuertemente.

Los tipos, con la mitad superior de sus cuerpos y los brazos metidos dentro de los sacos, siguieron aullando, pero se les oía menos.

De todos modos, a Buck le seguían molestando sus gritos, así que volvió a utilizar sus piernas, tomando ahora como blanco las cabezas de los sujetos.

Segundos después, los tipos enmudecían.

Los tres habían perdido el conocimiento.

Mientras tanto, Tony Laven se estaba ocupando de la chica morena.

La desgraciada lloraba desconsoladamente, acurrucada entre los brazos de Tony, que acariciaba sus negros cabellos y trataba de calmarla.

—Tranquílcese, ya pasó todo. Esos canallas no volverán a tocarla. Mi amigo y yo les hemos dado su merecido. Vamos, deje de llorar, por favor.

—¡Me han hecho mucho daño! ¡Mucho! —Siguió sollozando la mujer.

—La llevaremos a un médico para que la atienda debidamente, no se preocupe.

—¡Me violaron los tres! ¡Los tres, uno detrás de otro!

Tony miró a Buck. Este apretó las mandíbulas.

—Ratas asquerosas... —dijo roncamente, y sin importarle que los violadores estuviesen sin sentido, los pateó de nuevo, dirigiendo la punta de su zapato hacia sus bajos vientres, para ver si se les iban las ganas de violar a nadie más.

Tony estrechó cálidamente el cuerpo de la chica morena.

—Mi amigo y yo sentimos mucho lo que ha pasado. Y lamentamos no haber llegado antes. Hubiésemos impedido que esos cerdos abusasen de usted.

—¡Ha sido horrible!

—Cálmese, se lo suplico.

Los amargos sollozos de la mujer remitieron, así como los temblores y las convulsiones nerviosas de su prácticamente desnudo cuerpo.

Tony Laven miró a su compañero.

—Dame tu chaqueta, Buck.

—¿Para qué?

—Para cubrir a la chica.

—¿No sirve la tuya?

—La tuya es más grande, la cubrirá mejor.

—Sí, no había caído en eso.

Buck Oland se despojó de la chaqueta y se la entregó a su socio.

Tony envolvió con ella el cuerpo desnudo de la mujer.

—¿Se siente ya mejor?

—Sí, gracias —respondió ella con una débil sonrisa.

—¿Cómo se llama?

—Cora. Cora Hardy.

—¿Conocía a alguno de los tipos qué...?

—Sí, a los tres. Yo soy... —la chica vaciló.

—¿Sí, Cora?

—Soy prostituta.

Tony y Buck no supieron disimular su sorpresa. Cora Pardy se mordió los labios y explicó: —Suelo acudir a Las Antorchas, un club nocturno que se encuentra cerca de aquí. Allí, junto con algunas compañeras de profesión, espero que algún cliente se fije en mí y me haga una proposición. Por cien dólares, le acompaño donde sea y procuro satisfacer todos sus deseos. Así me gano la vida.

Tony y Buck no hicieron ningún comentario.

La prostituta prosiguió:

—Ronnie Derek, el tipo que me estaba violando cuando ustedes aparecieron, hace tiempo que me viene molestando. Deseaba acostarse conmigo, pero gratis. Yo no accedía, y él me amenazaba con violarme cualquier noche. Pensé que sólo trataba de asustarme para que accediera a hacer el amor con él gratuitamente, y lo mandé al cuerno. Desgraciadamente, su amenaza iba en serio, y esta noche, cuando regresaba a Las Antorchas, después de haber hecho el amor con un cliente del club, Ronnie y sus amigos cayeron sobre mí por sorpresa, me sujetaron fuertemente, me taparon la boca y me metieron en esta calle. Nada pude hacer para impedir que me arrancaran el vestido, me tumbaran en el suelo y abusaran de mí. Ronnie fue el primero en poseerme. Después, lo hicieron Allen y Jacky, sus amigos. Y no se conformaron con violarme una vez cada uno, querían repetir. Por eso el cuerpo de Ronnie se hallaba nuevamente sobre mí, cuando ustedes intervinieron tan eficazmente.

—No creo que Sientan deseos de violar a ninguna otra mujer —dijo Buck.

—Tampoco tendrán ocasión, porque van a pasarse una larga temporada en la cárcel —dijo Tony.

—¿Piensan entregarlos a la policía? —preguntó la prostituta.

—Naturalmente, Cora —respondió Tony—. Usted presentará la correspondiente denuncia en la comisaría más próxima, y nosotros la apoyaremos con nuestro testimonio.

Cora Pardy se mordisqueó nerviosamente los labios.

—Prefiero no presentar ninguna denuncia.

—¿Por qué? —preguntó Buck.

—Ronnie Derek tiene otros amigos, además de Allen y Jacky, y temo sus represalias. Si mando a Ronnie a la cárcel por varios años,

ordenará a sus amigos que se venguen de mí, y yo no quiero que eso suceda. Me aterra sólo pensarlo.

—Cora, si estos tipos siguen en libertad, es posible que la asalten de nuevo —advirtió Tony—. A usted o a cualquier mujer indefensa.

—No creo que lo intenten después de lo mal que acabó la cosa hoy.

—Le ruego que lo piense. Cora.

—Está decidido. No denunciaré a Ronnie y sus amigos. Me da miedo. Tony Laven exhaló un suspiro.

—Está bien, como quiera. ¿Cree que podrá caminar?

—Espero que sí.

—La ayudaré a ponerse en pie.

—Gracias.

Con la ayuda de Tony, la prostituta se incorporó, emitiendo gemidos de dolor.

—Será mejor que la lleve en brazos, Cora.

—No, no es necesario.

—Insisto en ello —dijo Tony, y la cogió en brazos.

—Son ustedes muy amables —sonrió Cora.

—¿Conoce a algún médico?

—Sí, pero no quiero que me lleven a su casa, sino a la mía.

—Cora, puede tener alguna lesión interna...

—Estoy segura de que no. Todo el daño me lo hicieron exteriormente, con sus dientes, con sus uñas, con sus dedos, que apretaban mis carnes como si fuesen de hierro...

Guardaré cama unos días y estaré como nueva.

—Está bien, la llevaremos a casa —sonrió Tony—. Recupera los sacos. Buck, los necesitamos.

—A la orden.

—¿Para qué son esos sacos? —preguntó Cora.

—Es una larga historia. Se la contaremos por el camino —prometió Tony, y echó a andar con la prostituta en los brazos.

CAPÍTULO V

La pelirroja Eva, convencida de que sólo iba a hacer el amor con Edward, el hombre del parche en el ojo y las cicatrices en el rostro y en el cuello, abrió la puerta de su habitación y penetró en ella.

La habitación se hallaba totalmente a oscuras, pero la luz del corredor permitió a la prostituta vislumbrar la cama, una cómoda, un par de sillones...

Eva se fijó especialmente en la cama, muy antigua, con dosel.

Le pareció que nadie dormía en ella.

Que estaba vacía.

Para salir de dudas, sin embargo, era preciso aproximarse más.

Pero Eva no se atrevió.

Tendría que cerrar la puerta, antes de entrar en la habitación, y la oscuridad sería entonces absoluta, impenetrable.

La prostituta estaba pensando ya en salir de la habitación, porque empezaba a sentir miedo, cuando una voz grave y fuerte surgió de uno de los ángulos de la estancia, donde la oscuridad era más densa.

—Cierra la puerta.

Eva dio un respingo.

—¿Es usted Edward...?

—Sí, soy Edward Boyd. ¿Cómo te llamas tú?

—Eva; Eva Meeker.

—Cierra la puerta. Eva.

—Encienda primero la luz.

—No, te asustaría mi cara.

—No tema, sé lo que le pasó. Don me lo contó. No me asustaré.

—Eso dicen todas, pero en cuanto me ven, se ponen a chillar como locas y echan a correr. No quiero que me suceda lo mismo contigo.

—Yo no chillaré ni echaré a correr, se lo prometo.

—Prefiero no arriesgarme. Vamos, cierra la puerta de una vez.

—Sí cierro la puerta, no veré nada.

—Al principio, no. Pero luego tus ojos se acostumbrarán a la oscuridad, como se han acostumbrado los míos, y podrás vislumbrarme como yo te vislumbro a ti. Mi cara, así, te impresionará mucho menos, porque apenas distinguirás las horribles cicatrices. Haremos el amor y te marcharás.

—No me gusta hacer el amor a oscuras, Edward.

—La mayoría de las parejas lo hacen así.

—Yo prefiero hacerlo con luz, aunque sea débil.

—No discutas, maldita sea —se exaltó Edward Boyd—. Si estás de acuerdo en hacer el amor conmigo, cierra la puerta y quítate la ropa; si no, lárgate. Don me traerá otra fulana.

Eva Meeker estuvo tentada de largarse, pero no se movió.
Y no porque largarse suponía perder cien dólares, sino porque sabía que a Don Lorimer no le gustaría que ella se marchase sin haber complacido a su amigo Edward.

Don se molestaría y seguramente ya no querría hacer el amor con ella.
Y Eva deseaba tanto hallarse en los brazos del elegante y apuesto Don...

Por él, y sólo por él, se decidió a cerrar la puerta.
La habitación quedó en la más completa oscuridad.

—Quítate el vestido —ordenó Edward, acercándose.

Eva lo supo porque su voz sonó menos distante.
Se bajó la cremallera del vestido mientras sus ojos se esforzaban por taladrar la oscuridad, sin conseguirlo.
El vestido cayó blandamente al suelo.

Bajo él, la prostituta sólo llevaba un sucinto pantaloncito de nylon, blanco, transparente.

—Eres hermosa, Eva —dijo Edward, cada vez más cerca de la profesional del placer.

—Gracias.

—¿Puedes vislumbrarme ya?

—Todavía no.

—Mejor para ti —dijo Edward, y la abrazó.

Eva, aunque seguía sin poder verlo, supo que se hallaba totalmente desnudo.

Edward comenzó a besarla y acariciarla ávidamente.
Sus manos la despojaron ansiosamente del pantaloncito.
Después, Edward arrastró a Eva hacia la cama y la obligó a tenderse en ella.

Sin dejar de besarla y acariciarla, la poseyó.
Con bastante brusquedad.

Eva estuvo a punto de protestar, pero recordó que había prometido a Don Lorimer perdonar a Edward su falta de delicadeza, y siguió callada, soportando los besos y los apretones del amigo de Don.

Tampoco protestó cuando Edward, dominado por la pasión, empezó a morderle los labios, el cuello, los hombros, los pechos...

Eva no sentía ningún placer.
Sólo dolor.

Pero lo resistió.

Poco después, todo había acabado.

Edward Boyd, saciado ya su deseo, se retiró y dijo: —Eres bastante sosa. Eva.

—No es verdad. Suelo mostrarme muy activa en la cama, pero no cuando estoy tan a oscuras como ahora. Me gusta ver y me gusta que me vean.

—Yo te veo.

—Yo a usted apenas le distingo, Edward.

—Bueno, como ya hemos hecho el amor, voy a complacerte. Encenderé la luz para que puedas verme bien. Ya no me importa que te pongas a chillar histéricamente y eches a correr.

—No lo haré, no se preocupe.

—¿Qué te apuestas a que sí?

—Cien dólares. Es lo que cobro por acostarme con un hombre. Si me asusta tanto su cara que me pongo a chillar y echo a correr, no le cobraré nada. Si no lo hago, me pagará doscientos dólares. ¿Está de acuerdo, Edward?

Edward Boyd rió, en la oscuridad de la habitación.

—Lo estoy, Eva.

—Vamos, encienda la luz.

Edward alargó la mano y accionó el interruptor de la lámpara que descansaba sobre la mesilla de noche.

La luz, pese a su falta de potencia, permitió a Eva Meeker contemplar con todo detalle el rostro de Edward Boyd.

La prostituta abrió la boca, con intención de gritar, pero no lo hizo. Y no porque con ello perdería la apuesta.

Sencillamente, no le salió la voz.

Sus cuerdas vocales se hallaban paralizadas por el horror.

También sus párpados parecían haberse atrofiado.

No podía pestañear.

Y necesitaba hacerlo, porque le dolían los ojos, dilatados por el espanto.

Un espanto plenamente justificado, porque el rostro de Edward Boyd no podía ser más horroroso, más estremecedor, más escalofriante.

Se habla quitado el parche que cubría su ojo izquierdo y la cuenca aparecía espantosamente vacía, mostrando las horrendas cicatrices que las heridas causadas por las afiladas garras del gato habían dejado.

Igualmente horrendas eran las cicatrices que poblaban su frente, sus mejillas, sus labios, su mentón, su cuello...

Con todo, lo que más aterró a Eva Meeker fue el ojo sano de Edward Boyd, el derecho, que tan milagrosamente escapara de las garras de «Pirracas», el gato asesino.

Tenía un brillo anormal.

Como de loco.

Y eso empezó a pensar Eva, que Edward estaba loco.

Como para confirmar que realmente lo estaba, Edward Boyd empezó a reír fuertemente, aunque no había ningún motivo para ello.

El terror de la prostituta se acentuó considerablemente, e hizo lo que minutos antes estaba segura de que no iba a hacer. Tan segura, que

apostó los cien dólares que acababa de ganar acostándose con el monstruoso Edward.

Eva chilló.

Con todas sus fuerzas.

Sin dejar de hacerlo, saltó de la cama.

No se entretuvo vistiéndose, sino que se limitó a recoger su vestido, su pantaloncito de nylon y sus zapatos, y corrió como loca hacia la puerta.

Intentó abrirla, pero no pudo.

Estaba cerrada con llave.

Eso aún aterró más a la prostituta.

Volvió un instante la cabeza.

Edward Boyd seguía sobre la cama, desnudo, revolcándose de risa.

Una risa totalmente anormal, impropia de un ser cuerdo.

Eva Meeker aporreó la puerta con sus dos puños.

—¡Don...! ¡Sácame de aquí, Don...! ¡Socorro! ¡Socorro...!

De pronto, la habitación volvió a quedar completamente a oscuras.

Edward había apagado la lámpara de la mesilla de noche.

Continuaba riendo, pero sus carcajadas de loco sonaban cada vez más lejos.

—¡Adiós, Eva! ¡Has perdido la apuesta!

—¡Don...! —chilló de nuevo la pelirroja.

—¡Es inútil que llames a Don! ¡Ya no está en la casa, se ha ido!

—¡Dios mío, no! —¡Tranquilízate, Eva! ¡En seguida tendrás compañía!

¡Unos amigos míos vendrán a visitarte! La prostituta oyó que una puerta se abría. No pudo saber dónde estaba, porque no veía nada, aunque el ruido le dio una pista. Eva miró hacia allí. No tardó en ver un par de ojos brillando en la oscuridad, a cosa de un palmo del suelo. Los ojos fueron hacia ella. Otras pares de ojos fueron surgiendo. Y acercándose. Todos a un palmo escaso del suelo. Eva, al borde ya de la locura, escuchó algunos gruñidos. Y le parecieron gruñidos de gato. Entonces lo comprendió todo. ¡Había por lo menos una docena de gatos en la habitación! ¡Iban a saltar sobre ella! ¡La iban a destrozar...!

CAPÍTULO VI

—¿Han ido a la guerra con su coche? —preguntó Cora Pardy, cuando Tony Laven se detuvo junto al Dodge color café.

—Sí, hemos estado ya en cuatro guerras con él —respondió Buck Oland, riendo.

—Así está, el pobre. ¿Todavía funciona?

—Sólo si lo empujan. Y eso es lo que hacemos. Yo empujo y Tony conduce. Es un poco pesado, pero si se mira lo que nos ahorramos en gasolina...

Tony Laven miró severamente a su compañero.

—Deja de decir tonterías y abre la puerta.

—¿La de delante o la de detrás?

—La del maletero, y te metes en él, que de eso tienes cara, de maleta.

Buck Oland tosió.

—Diablos, Tony, no me parece que haya hecho una pregunta tan descabellada. No sé si quieres acomodar a Cora en el asiento delantero o en el trasero.

—En el delantero. Tú irás detrás.

—En el maletero, ya lo sé —rezongó Buck, y abrió la puerta delantera.

Tony metió a Cora en el coche, con sumo cuidado.

Pese a ello, la prostituta emitió un quejido.

—¿De veras no quieres que te vea un medico. Cora?

—No es necesario, Tony, créeme —respondió ella, correspondiendo al tuteo del joven.

—Tú mandas —sonrió Tony, y cerró la puerta.

Rodeó el coche y entró por el otro lado, sentándose al volante.

Buck ya se había acomodado en el asiento trasero.

Tony puso el motor en marcha y el Dodge arrancó, petorreado que era un gusto por el tubo de escape.

Cora no pudo contener la risa.

—¡Parece una ametralladora!

—Tenemos un coche muy listo, sabe hacer de todo —dijo Buck, con guasa—. Pero es muy desobediente, se para sin que nadie se lo mande.

—Qué gracioso eres, Buck —rezongó Tony, dirigiéndole una dura mirada por el espejo interior del coche.

—¿Me explicáis lo de los sacos. Tony? —rogó Cora.

Laven lo hizo, brevemente.

La prostituta se llenó de perplejidad.

—¡Cazar gatos vivos!

—Sí.

—¡Para venderlos a diez dólares!

—Sí.

—¿Tan mal estáis de dinero. Tony0
—Peor que mal.
—Estamos fatal —intervino Buck.
—¿A qué se debe vuestra apurada situación económica, muchachos?
—preguntó Cora.
—Somos detectives privados, pero como hace poco que empezamos, no tenemos clientes —explicó Tony—. Nos encargan muy pocos casos, aunque los que nos han sido confiados hasta ahora, los hemos resuelto satisfactoriamente.
—Eso es verdad —corroboró Buck—. Tenemos madera de detectives, pero nadie nos busca.
—Casi nadie —corrigió Tony.
Cora Pardy sonrió suavemente.
—No os desaniméis, muchachos. En todas las profesiones resulta difícil abrirse camino.
Debéis tener paciencia.
—Sí paciencia tenemos. Lo que no tenemos es dinero —repuso Buck.
—Yo os puedo ayudar a superar vuestra crisis económica.
Buck respingó en el asiento trasero.
—¿Tú, Cora...?
—Sí.
—¿Cómo? —preguntó Tony.
—Os prestaré quinientos dólares. Ya me las devolveréis cuando las cosas os vayan mejor.
Tony movió la cabeza en sentido negativo.
—Te lo agradecemos mucho, Cora, pero no podemos aceptar.
—¿Por qué no?
—Tal vez no podamos devolverte nunca ese dinero.
—¿Tan poca fe tenéis en vuestras posibilidades?
—No es eso. Cora.
—Bueno, no importa. Si no podéis devolverme los quinientos dólares, es igual. A veces gano esa suma en una sola noche. No los necesito.
Tony sonrió.
—Gracias de nuevo. Cora, pero no podemos aceptar tu dinero. Buck y yo saldremos adelante, no te preocupes.
—Cazando gatos, ¿no?
—Haciendo lo que sea.
—Está bien, como queráis. Pero me disgusta mucho que rechacéis mi ayuda. Vosotros me habéis ayudado a mí, librándome de Ronnie Derek y sus amigos. Hubieran vuelto a violarme los tres, de no intervenir vosotros, y quizá no hubiera podido resistirlo. Estoy en deuda con vosotros, pero no me dejáis que os la pague. ¿Por qué? ¿Acaso porque soy una prostituta? ¿No es tan bueno mi dinero como el de cualquier otra persona? No lo robo, tengo que trabajar para

ganarlo. ¿Qué importa que sea en la cama? Cada cual lo gana donde puede.

Tony Laven detuvo el viejo Dodge, tomó entre sus manos el rostro de Cora Pardy, y la besó dulcemente en los labios.

Ella le miró a los ojos, desconcertada.

—¿Por qué me has besado. Tony?

—Para demostrarte que no me importa en absoluto que seas una prostituta. Ni a Buck tampoco. ¿No es cierto, socio?

—¡Pues claro que no nos importa!

—No rechazamos tu dinero porque lo hayas ganado haciendo el amor con desconocidos, sino porque Buck y yo somos así. No nos gusta deber dinero. Y menos a una mujer. Sin embargo, como estamos más apurados que nunca, si lo de los gatos no sale bien, o resulta ser una broma, aceptaremos tu ayuda. ¿De acuerdo?

Cora sonrió.

—Sí, Tony. Y dame otro beso, por favor. El de antes me gustó mucho.

—Será un placer —repuso Laven, y la besó de nuevo.

Buck Oland carraspeó y dijo:

—Yo tampoco beso mal. Cora.

La prostituta volvió la cabeza y le sonrió.

—Demuéstramelo, Buck.

—¡Encantado! —exclamó Oland, y la besó.

—Es cierto, Buck. Tú también besas muy bien. —¿Repito, como Tony..?

—Sí, por favor.

Buck la besó otra vez.

Tony rió y puso el coche nuevamente en movimiento.

El viejo Dodge comenzó a petorrear, como ya era normal en él, y Cora y Buck unieron sus risas a la de Tony.

CAPÍTULO VII

El pánico de Eva Meeker era ya indescriptible.

Seguía encerrada en la habitación de Edward Boyd, completamente desnuda. El vestido, el pantaloncito y los zapatos le habían caído de las manos y yacían de nuevo en el suelo, aunque ella no los veía, porque la oscuridad continuaba reinando en la estancia.

Si veía, en cambio, los ojos brillantes de la docena larga de gatos que Edward Boyd había hecho entrar en la habitación, para que diesen buena cuenta de su cuerpo desnudo.

Los felinos seguían acercándose, gruñendo sordamente.

Eva Meeker, pegada literalmente contra la puerta, que empujaba con su espalda y sus nalgas desnudas, aunque sin ningún resultado, se llevó las manos a la cabeza y se tiró del pelo hasta hacerse daño.

—No, esto no puede ser real, Dios mío... —murmuró, con voz ronca a causa de los chillidos anteriores—. Debo de estar soñando, esto es una pesadilla... Una pesadilla horrible, aterradora... Yo estoy en mi cama, durmiendo, y quiero despertarme, para dejar de sufrir...

Los gatos la tenían rodeada.

Estaban muy cerca de ella.

A un metro escaso.

De pronto, uno de los felinos lanzó un feroz maullido y saltó sobre la cara de Eva Meeker.

La desgraciada chilló desgarradoramente, sintiendo ya como la sangre caliente brotaba de las heridas que las garras y los dientes del gato acababan de causarle.

Eva intentó librarse del fiero animal, pero en ese preciso instante, otro de los gatos se le echó encima, clavándole sus afiladas garras en los senos, que inmediatamente empezaron a sangrar profusamente.

La prostituta chilló de nuevo.

Un tercer gato se lanzó sobre ella, desgarrándole el vientre.

Otro felino saltó sobre su muslo derecho.

Y al instante, un quinto gato caía sobre su muslo izquierdo.

El dolor era tan insoportable que Eva Meeker cayó al suelo y se revolcó por él, aullando.

El resto de los gatos asesinos se lanzaron sobre su cuerpo desnudo y ensangrentado, y la prostituta se sintió mordida y arañada hondamente en infinidad de sitios a la vez.

Hombros...

Espalda...

Nalgas...

Muslos...

Pechos...

Vientre...

Todo fue destrozado por los rabiosos felinos.

Y, de manera especial, su rostro.

Los dos ojos le habían sido literalmente arrancados de las cuencas por las poderosas garras de los gatos, tenía los pómulos descarnados, le habían desaparecido prácticamente las mejillas y los labios los tenía horriblemente desgarrados.

El dolor, irresistible, hizo que Eva Meeker se desvaneciera y quedara inmóvil en el suelo, totalmente a merced de los gatos asesinos, que siguieron ensañándose con su cuerpo desnudo y cubierto de sangre.

* * *

Tony Laven y Buck Oland habían dejado ya a Cora Pardy en su casa, acostada en su cama, y ahora se dirigían en su viejo y cómico Dodge a otra de las muchas calles que había en Chicago repletas de cajas y cubos de desperdicios.

—Una gran chica esa Cora, ¿eh, Tony?

—Sí, Buck; excelente.

—Sí, es sumamente atractiva.

—¿Aceptaremos su ayuda?

—Sólo si nos falla lo de los gatos.

—Seguro que nos falla.

—Tú siempre tan optimista.

—Nosotros nunca hemos cazado gatos. Tony.

—Será una experiencia interesante.

—Preferiría que fuera rentable, en vez de interesante.

—Puede ser ambas cosas, Buck. Si cazamos diez gatos, nos darán cien dólares. Si cazamos veinte...

—No sigas. Tony. Si cazamos cinco, ya podemos darnos con un canto en los dientes.

—Cinco son muy pocos. Buck.

—No creo que cacemos más.

—¿Olvidas que llevo dos latas de sardinas en los bolsillos, y que los gatos se vuelven locos por las sardinas?

Buck Oland suspiró.

—Ojalá dé resultado. Tony.

—Lo dará, no lo dudes —aseguró Laven, quien, tan sólo un par de mininos después, detenía el Dodge frente a una de las calles más apropiadas para cazar gatos.

Tony y Buck descendieron del coche, el segundo cargado con los sacos vacíos, y se adentraron en la calle, que olía a demonios.

No tardaron en descubrir algunos gatos, rebuscando entre los desperdicios.

—Ahí los tenemos, Buck —señaló Tony, en voz baja.

—Qué emocionante.

—Sin pitorreo, Buck.

—Perdona —carraspeó Oland.

Tony extrajo una de las latas de sardinas y la abrió.

—Observa mi estilo, socio —dijo, y se destacó unos pasos.

Los gatos callejeros, al verle, retrocedieron unos metros.

Tony se agachó y vació la lata de sardinas en el suelo, a la vista de los gatos vagabundos, hambrientos en su mayoría.

—Acercaos, gatitos —los llamó, sonriéndoles—. Tío Tony os ha traído comida. Son sardinas. Y están muy ricas. Vamos, venid aquí. Tío Tony os quiere mucho.

—Tío Tony... —repitió Buck entre dientes—. Lo que hay que oír.

Laven, sin mirar a su compañero, indicó:

—Tú no te muevas de ahí, Buck. Ya te acercarás con los sacos cuando yo te diga.

—Sí, tío Tony.

—Menos guasa, socio.

—Es que lo de «tío Tony» me ha hecho mucha gracia.

—Vete al diablo.

Los gatos callejeros, al ver las sardinas, fueron perdiendo su recelo y empezaron a aproximarse a ellas.

—¡Ya vienen, Buck, ya vienen! —exclamó Tony, sin alzar la voz, para no asustar a los gatos.

—Sí, los sobrinitos acuden a la llamada de su tío Tony —sonrió Buck.

—¡Prepara los sacos, guasón!

—A la orden.

Los gatos estaban ya muy cerca de las sardinas.

Eran siete, exactamente.

Tony, antes de que las alcanzaran, alargó las manos, con el propósito de acariciar los lomos de los felinos.

Estos retrocedieron algo, pero no rechazaron el contacto de las manos de Tony, dejándose acariciar mansamente.

El joven, sin dejar de acariciarlos, los fue atrayendo hacia las sardinas.

Poco después, los gatos empezaban a dar buena cuenta de ellas.

Era el momento, de atraparlos y meterlos en los sacos.

Tony se disponía a llamar a Buck, cuando, de pronto, un perrazo enorme entró en la calle, soltando ladridos.

Los gatos brincaron y echaron a correr, asustados.

—¡Maldita sea la...! —empezó a rugir Tony Laven, pero no pudo acabar la frase, porque el perrazo lo derribó, y le pasó por encima, en su furiosa persecución de los gatos callejeros.

CAPÍTULO VIII

—¡Vuelve aquí, «Leoncio»! —gritó una voz femenina.

El gigantesco can se frenó en el acto, dio media vuelta y corrió hacia su ama.

—¡Cuerpo a tierra, Tony! —gritó Buck Oland, buscando la protección de un gran cubo de basura.

Tony Laven, que ya se estaba incorporando, se echó de bruces en el suelo y se protegió la cabeza con las manos, mientras maldecía al perrote y a la perra que lo parió.

El enorme chucho volvió a pasarle por encima, y como pesaba tanto, Tony tuvo la sensación de que era un elefante lo que le pisaba la espalda y el trasero.

—¡Ay! —se quejó, arrugando la cara.

El poderoso can llegó junto a su dueña, que lo esperaba en la entrada de la calle, y le hizo unas cuantas carantoñas.

Ella le dio un par de buenos cachetes y le recriminó: —¡Eres un perro muy desobediente, «Leoncio»! ¡No volveré a sacarte a pasear y a hacer «pis» si te portas tan mal!

El perrazo agachó la cabeza, como avergonzado de su comportamiento, y empezó a lamerle las pantorrillas a su ama.

Y qué pantorrillas...

No podían ser más bonitas.

Y es que la dueña de «Leoncio» era una muchacha de apenas veinte años de edad, cabello rubio, liso, muy largo, precioso. Precioso, también, era su rostro. Y su figura, larga y esbelta.

Lucía un fresco y ligero vestido, sin mangas y de escote atrevido, lo cual le permitía exhibir una parte importante de sus jóvenes y altivos senos, maravillosamente torneados.

La abertura frontal del vestido le permitía mostrar también sus esculturales piernas, porque casi todos los botones estaban sin pasar.

Buck Oland se acercó a Tony Laven y lo ayudó a ponerse en pie.

—¿Estás bien, socio?

—Todo lo bien que se puede estar después de que a uno le haya pasado un perro de doscientos kilos por encima —rezongó Tony, agarrándose la espalda.

—Peor hubiera sido que te hubiese comido, ¿no?

—Desde luego.

—La aparición del perrazo no podía ser más inoportuna.

—Y que lo digas. Teníamos siete gatos prácticamente en los sacos, y el maldito perro los hizo huir a todos.

—Nos birló setenta hermosos dólares...

—Todavía no los hemos perdido, Buck.

—¿Crees que los gatos volverán, después del enorme susto que les dio el perrote?

—No, seguramente no. Pero allí está la dueña del perro. Y a ella le reclamaremos los setenta dólares que su perrazo nos ha hecho perder.

—No creo que nos los dé.

—Por intentarlo que no quede. Vamos, Buck.

Los dos amigos caminaron hacia la salida de la calle, donde aguardaban el perro y su ama.

Al verlos acercarse, el can ladró agresivamente.

—¡Silencio, «Leoncio»! —ordenó su dueña, que lo tenía sujeto por una ancha correa.

El animal enmudeció.

Tony y Buck se detuvieron junto a la preciosa muchacha rubia.

El primero preguntó:

—¿Eres tú la dueña del perrote, rubia?

—Sí, es mío —asintió la joven.

—Entonces nos debes setenta dólares.

—¿Qué...? —parpadeó la muchacha.

Tony le explicó lo de los gatos.

La chica se mordió los labios.

—Lo siento mucho, créanme. «Leoncio» se me escapó y...

—¿Le pusiste tú ese nombre? —preguntó Buck.

—Sí. ¿No le gusta?

—No es que no me guste, pero opino que no encaja. Le sobra el «cio».

—¿Que le sobra qué...? —pestañeó de nuevo la joven.

—El «cio», las tres últimas letras. Sin ellas, se llamaría «León». Y ese nombre sí que le va como anillo al dedo. ¿No opinas lo mismo, Tony?

—Estoy totalmente de acuerdo. Buck —asintió Laven.

La muchacha se echó a reír.

—Tienen ustedes sentido del humor.

—Mi amigo no pretendía hacer un chiste, jovencita —aclaró Tony—. Hablaba en serio.

Y yo también, cuando te dije que nos debías setenta dólares.

—No llevo dinero encima.

—Qué casualidad.

—Es la verdad. Nunca cojo el bolso, cuando saco a pasear por las noches a «Leoncio».

—¿Tienes miedo de que te lo roben?

—No, yendo con mi perro, no temo a nada ni a nadie. «Leoncio» es muy valiente y me quiere mucho. Si alguien intentara hacerme daño, lo destrozaría a dentelladas.

«Leoncio», como para corroborar las palabras de su dueña, mostró sus largos y agudos colmillos y soltó un gruñido que sonó como una advertencia.

Buck Oland se echó para atrás, al tiempo que sugería: —¿Por qué no nos olvidamos de los setenta dólares y volvemos a casa. Tony?

—Ni hablar —rechazó Laven—. Yo quiero cobrar.

—La chica no lleva dinero, ya lo oíste.

—Pero tendrá en casa. ¿Verdad que sí, rubia?

—Desde luego.

—Te acompañaremos y nos darás los setenta dólares. ¿De acuerdo?

—Sí creen ustedes que es justo que les pague por unos gatos que todavía no habían cazado...

—Los teníamos en el bote, rubia.

—Deje de llamarme rubia, ¿quiere? De pequeña me bautizaron y me pusieron un nombre.

—¿Cuál?

—Ann. Y mi apellido es Kanter.

—Muy bien, Ann Kanter. Tu perro impidió con su súbita aparición que atrapáramos siete gatos y nos hizo perder setenta dólares. Es totalmente justo que tú, como dueña del perro, nos entregues esa cantidad.

—Se la entregaré, no se preocupe. Pero conste que a mí no me parece tan justo.

—¿Ah, no...?

—«Leoncio» no tenía intención de perjudicarles. Vio gatos y corrió hacia ellos, porque es un perro, y los perros son enemigos de los gatos.

—Nunca te acostarás sin saber una cosa más —dijo Tony, irónico.

—Está bien, no pienso discutir con ustedes por setenta cochinos dólares.

—Cochinos lo serán para ti, Ann, pero no para nosotros. Nos hacen mucha falta. Tanta falta que tenemos que recurrir a cazar gatos, siendo como somos dos magníficos detectives privados.

—Pero sin clientes —agregó Buck.

—Sígueme —indicó Ann Kanter.

Tony y Buck fueron tras ella.

Ann vivía cerca de allí, en un piso antiguo.

—Esperen aquí —rogó la muchacha, y entró en el piso con su perro.

Buck carraspeó.

—¿De verdad te parece justo que la chica nos dé los setenta dólares. Tony?

—¿A ti no?

—Pues, bien mirado... Ella no tuvo la culpa, Tony.

—Ya sé que no, la tuvo su perro. Pero como ella es su dueña...

—Me duele cobrarle a la muchacha.

—Necesitamos ese dinero. Buck.

—Quedan cientos de gatos callejeros en Chicago. Y aún nos queda una lata de sardinas.

Tony no respondió esta vez.

Ann regresó con unos billetes en la mano.

—Sus setenta dólares —dijo, seria, y se los tendió a Tony, pero éste no los tomó.

—Olvidalo, rubia —rezongó Tony, y cogió a su compañero del brazo —. Vámonos, Buck.

—¡Eh, un momento! —exclamó la muchacha, agarrando a Tony—, ¿Por qué no quieren el dinero?

—Hemos decidido ir en busca de más gatos.

—Puede que no los encuentren.

—Será nuestro problema.

—Insisto en que tomen los setenta dólares.

—¿Acaso ya le parece justo que...?

—No, me sigue pareciendo injusto. Pero como les hacen tanta falta, quiero entregárselos.

Tony esbozó una sonrisa.

—No te preocupes, rubia. Ya nos apañaremos.

—Le repito que me llamo Ann.

—Prometo no olvidarlo —dijo Tony, y la besó fugazmente en los labios.

Ann Kanter se quedó atónita, porque aquello era lo que menos se esperaba, que Tony Laven la besara.

¡Y en la boca!

Tony volvió a coger a Buck Oland del brazo.

—Larguémonos, socio, antes de que Ann nos eche a «Braulio».

—A «Leoncio» —corrigió Oland.

—Eso —rió Tony, y él y Buck descendieron rápidamente la escalera.

Ann Kanter tardó aún casi un minuto en reaccionar.

Se llevó la mano derecha a los labios y se los rozó con las yemas de los dedos. Después sonrió y murmuró:

—Pero qué tipo tan descarado, ese Tony...

«Leoncio» soltó un ladrido, como preguntando: «¿Voy tras ellos y los dejo sin nalgas a dentelladas, ama?»

Ann rió y acarició la cabezota del can.

—No, «Leoncio». Tony y Buck son unos tipos simpáticos, me han caído bien.

CAPÍTULO IX

Gracias a la lata de sardinas que les quedaba, Tony Laven y Buck Oland consiguieron atrapar nueve gatos aquella noche, meterlos en dos sacos y llevarlos al coche.

Regresaron al pequeño y modesto apartamento que compartían, y se acostaron en sus respectivas camas, muy contentos. Especialmente Buck, porque él no pensaba que iban a cazar tantos gatos.

Buck se durmió en seguida y empezó a roncar, como de costumbre.

Tony tardó un poco en conciliar el sueño.

Pensaba en Ann Kanter.

Y en su perro.

Tony sonrió al recordar la faena que el bribón de «Leoncio» les había hecho, porque ya no le guardaba ningún rencor. Es más, ahora se alegraba de que el perro hubiese irrumpido en aquella calle soltando ladridos y hubiese asustado a los siete gatos callejeros.

Gracias a «Leoncio», habían conocido a su preciosa y joven dueña.

Ann...

Encantadora muchacha.

Tony se prometió a sí mismo hacerle pronto una visita.

Y darle otro beso, si ella se dejaba.

Más largo que el primero.

Y más apasionado.

Con tan agradables pensamientos. Tony Laven se durmió.

Por la mañana, temprano, Tony Laven y Buck Oían se dirigieron a la casa que se indicaba en el anuncio que ellos recortaran del periódico, ubicada a unos setenta kilómetros de Chicago.

Mientras el viejo Dodge rodaba por aquella carretera secundaria, petorreando de vez en cuando, para no perder la costumbre. Tony preguntó: —¿Qué tal has dormido, socio?

—Fatal.

—¿De veras?

—Me he pasado la noche entera soñando con gatos y perros que se peleaban furiosamente. Nosotros intentábamos separarlos y nos mordían.

—¿Los gatos o los perros?

—¡Los unos y los otros!

—Diablos, sí que debes de haberlo pasado mal, Buck —rió Tony.

—Ha sido una continua pesadilla, créeme. ¿Qué tal has dormido tú?

—Fenomenal.

—¿Soñaste acaso que nos pagaban los gatos a cien pavos por cabeza, y que habíamos atrapado cinco o seis docenas?

Tony volvió a reír.

—No, socio. Hubiera sido un sueño magnifico, pero no lo cambio por el que tuve.

—¿Qué soñaste, Tony?

—Que no me encontraba en mi cama, sino en la de Ann Kanter.

—Y ella estaba contigo, ¿no?

—Claro.

—Sin ninguna ropa, ¿verdad?

—Yo se la quité toda.

—Eso es muy propio de ti.

—¿Acaso tú las prefieres vestidas, socio?

—¡No!

Los dos amigos rieron.

Después, Buck le guiñó maliciosamente el ojo a Tony y rogó: —Anda, cuéntame qué tal está por dentro.

—¿Quién?

—Ann Kanter, naturalmente.

—Sí quieres saberlo, sueña con ella.

—¡Eres un mal amigo! —gritó Buck, y golpeó a su compañero en el hombro, con el puño.

Tony rió de nuevo y Buck le imitó.

Un rato después, Tony Laven detenía el coche frente a la antigua y solitaria casa.

—Aquí debe de ser, Buck.

—¿Estás seguro?

—Es la única casa que hay por estos parajes.

—Pues no me gusta nada.

—A mi tampoco, pero si nos dan noventa dólares por los nueve gatos, me parecerá la casa más maravillosa del mundo —sonrió Tony, y se apeó del Dodge.

Buck se apeó también y preguntó:

—¿Cogemos los sacos, Tony?

—No, llamemos primero a la puerta.

—Sí, será mejor. Y como sea una broma, le voy a partir las narices a alguien.

—Verás cómo no hay necesidad, socio —rió Tony, y oprimió el timbre de la puerta.

Cosa de un minuto después, abría una mujer de unos cincuenta y tantos años, con cara de oso hormiguero y menos carne en el cuerpo que un hueso repelado por un perro.

Parecía una escoba vestida.

Al fijarse en ella, Buck dio un respingo y murmuró: —¿De dónde ha salido esta momia...?

Tony le arreó un codazo, al tiempo que tosía con fuerza, para ahogar las palabras de su compañero.

—Buenos días, señora —saludó después, forzando una sonrisa.
—Buenos días —respondió la mujer.
—¡Tiene voz de tío, debe de fumar puros...! —exclamó Buck, a media voz.
Tony le soltó otro codazo y tosió de nuevo.
—¿Es aquí donde compran gatos vivos a diez dólares? —preguntó a continuación.
—Sí —respondió Lorenza, la fea sirvienta de Edward Boyd.
—¿Ves como era cierto, Buck?
—Pregunta para qué los quieren. Tony.
—¿Y qué nos importa eso a nosotros?
—Estoy seguro de que este esperpento se los come.
Tony le atizó el tercer codazo.
—Sí vuelves a abrir la boca, te la cierro yo de un castañazo —advirtió después, hablando por la comisura de la boca.
Lorenza preguntó: —¿Traen ustedes gatos?
—Sí, señora —respondió Tony—. Nueve, exactamente.
—Éntrenlos en la casa.
—En seguida. Vamos. Buck.
Los dos detectives privados regresaron al coche, abrieron el maletero y cargaron con los sacos, que se agitaban, sacudidos por los gatos callejeros que encerraban.
—Insisto en que le preguntes a la momia para qué quiere tanto gato, Tony —dijo Buck, por lo bajo.
—Y yo te repito que no nos importa —rezongó Laven.
—¿Es que no sientes curiosidad. Tony?
—Naturalmente que siento curiosidad.
—Entonces, pregúntaselo a esa osa flaca.
—No.
—Pues se lo preguntaré yo.
—Sí lo haces, te suelto una «piña».
Lorenza estiró su cuello de fideo.
—¿Qué hablan?
—Nada, señora —carraspeó Tony.
—Traigan los gatos de una vez.
—Sí, señora.
Tony y Buck entraron en la casa, con los sacos.
El primero preguntó:
—¿Dónde los dejamos, señora?
—En el sótano. Yo les guiaré —dijo la sirvienta de Edward Boyd, y movió sus flacas piernas.
Tony y Buck le siguieron.
El segundo, después de fijarse en el liso trasero de Lorenza, murmuró:
—A ésta le das un pellizco en la nalga y le pillas el ombligo.

—¿Quieres callarte, maldita sea? —gruñó Tony, y le arreó un puntapié al tobillo.

Buck lanzó un aullido.

Lorenza se volvió al instante.

—¿Qué ha sido eso?

—Nada, señora —tosió Tony—. Mi compañero, que tiene complejo de lobo, y dé vez en cuando aúlla.

—Pues que guarde sus aullidos para cuando salga de aquí. ¿Entendido?

—Descuide, señora. Mi amigo no volverá a aullar. ¿Verdad que no. Buck?

—Lo prometo —respondió Oland.

Lorenza reanudó la marcha y Tony y Buck fueron tras ella.

Descendieron al sótano, por una escalera semicircular.

Allí había varias jaulas.

Grandes.

Lorenza abrió una de las jaulas vacías.

—Póngalos aquí —indicó.

Tony y Buck abrieron los sacos con cuidado y los gatos saltaron al inferior de la jaula, donde quedaron encerrados.

Lorenza los contó.

—Sí, hay nueve. Les daré noventa dólares. ¿Conformes?

—Sí, señora —respondió Tony, con una sonrisa.

Buck no pudo aguantarse más tiempo y preguntó:

—¿Para qué quiere tanto gato, señora?

—Eso es cosa mía —respondió secamente la sirvienta de Edward Boyd, y les entregó los noventa dólares.

Instantes después. Tony Laven y Buck Oland abandonaban la casa, montaban en el Dodge y emprendían el regreso a Chicago, sin saber lo que iba a ser de los nueve gatos que ellos cazaran la noche anterior.

Ni de los otros muchos que habían visto en el sótano. Todo un misterio para ellos.

CAPÍTULO X

Tony Laven y Buck Oland pasaron todo el día en su oficina, esperando en vano la visita o la llamada telefónica de alguien que precisase sus servicios.

Sólo dejaron la oficina una hora, al mediodía, para almorzar en un restaurante que les pillaba cerca.

Alrededor de las siete de la tarde. Tony suspiró y dijo: —Vámonos, socio.

—Otro día más sin clientes —suspiró a su vez Buck.

—Sí, por desgracia para nosotros.

—Como sigamos así, me veo cazando gatos otra vez.

—Sí es necesario, lo haremos. Eso o lo que sea. Hay que comer, socio.

—Estoy de acuerdo.

—Anda, vamos.

Salieron de la oficina, cerraron la puerta con llave y bajaron a la calle en donde se hallaba estacionado su Dodge.

Acomodados ya en él, Tony propuso:

—¿Quieres que vayamos a ver qué tal se encuentra Cora?

—Iba a sugerírtelo. Tony.

Laven sonrió y puso el coche en marcha.

* * *

Unos veinte minutos después, Tony Laven y Buck Oland se hallaban frente a la puerta del apartamento de Cora Pardy, la prostituta que la noche anterior fuera salvajemente violada por Ronnie Derek. Allen y Jacky.

Tony pulsó el timbre.

Cora tardó un poco en abrir, pues se encontraba en la cama, y tuvo que ponerse una bata, porque se hallaba totalmente desnuda.

—¡Tony...! ¡Buck...! ¡Qué alegría, muchachos! —exclamó, y los besó a los dos.

—¿Cómo te encuentras. Cora? —preguntó Tony.

—Mucho mejor, gracias a Dios. Pero pasad, no os quedéis ahí.

Tony y Buck penetraron en el apartamento de la prostituta, bastante amplio y modernamente amueblado.

Cora los condujo al living y les invitó a que se acomodaran en el sofá.

—¿Qué os apetece beber, chicos?

—Cualquier cosa —respondió Tony.

Cora se acercó al mueble-bar y les preparó un par de bebidas.

Mientras lo hacía, preguntó:

—¿Qué me decís del asunto de los gatos?

—Salió bien, afortunadamente. Cazamos nueve.

—Los vendimos esta mañana y nos dieron noventa dólares —añadió

Buck.

—¡Cuánto me alegro, muchachos!

—De momento, hemos salido del apuro —sonrió Tony—. Y, si en los próximos días nos encargan algún caso, no tendremos necesidad de cazar más gatos callejeros.

Cora Pardy, que ya regresaba con las ropas, se puso seria y su rostro denotó preocupación.

—Creo que yo voy a encargarme uno. Tony.

—¿Un caso...?

—Sí.

—¿Tú, Cora? —parpadeó Buck.

—Sí.

Tony se separó medio metro de Buck y rogó: —Siéntate, Cora, y cuéntanos lo que te pasa.

La prostituta se sentó entre los dos amigos, a quienes entregó las copas que acababa de preparar.

—Se trata de Eva Meeker, una buena amiga mía. Ejerce la prostitución como yo, y busca clientes en Las Antorchas. Esta mañana, cuando me desperté, la telefoneé para contarle lo que me había ocurrido, pero no respondió a mi llamada. La llamé varias veces más, a lo largo de la mañana, pero no cogió el teléfono. Extrañada, llamé a otra compañera de profesión y le pregunté por Eva. Me dijo que anoche se fue con un tipo alto y atlético, de pelo negro y ensortijado, bien parecido. Vestía un traje marrón claro, impecable. Un tipo con «pasta», aparentemente. Eva ya no volvió anoche al club.

—Quizá sigue con el tipo —pensó Tony.

—No, estoy segura de que no —rechazó Cora—. Voluntariamente, al menos.

—¿Piensas que el tipo la retiene por la fuerza? —preguntó Buck.

—Es posible. Como también son posibles otras muchas cosas. De lo que no me cabe la menor duda, es que a Eva le ha ocurrido algo. Solemos vernos casi todos los días. Y cuando no podemos visitarnos, nos telefonamos.

—Entiendo —murmuró Tony.

—Quiero que la busquéis —pidió la prostituta.

—La buscaremos, no te preocupes. Y la encontraremos. ¿Tienes alguna foto de Eva, Cora?

—Sí, tengo varias. Os las daré.

—Con una será suficiente.

—Voy por ella.

Cora Pardy se levantó del sofá y se dirigió a su dormitorio.

Un par de minutos después, estaba de vuelta con la foto de Eva Meeker.

Se la entregó a Tony y volvió a sentarse en el sofá.

—Es muy hermosa... —comentó Laven.

—Sí, sí que lo es —sonrió la prostituta.

—Tú también lo eres, Cora —dijo Buck.

—Te has ganado un beso —repuso la profesional del amor, y se lo dio.

—Gracias, Cora.

Tony se guardó la fotografía de Eva Meeker y preguntó: —¿Puedes decirnos algo más sobre el tipo que se llevó a Eva del club, Cora?

—No, nada más. Sólo que no es cliente habitual de Las Antorchas. Hasta anoche, no se le había visto por allí.

—Bien, nos has dado una descripción bastante detallada de su físico y su indumentaria.

No creo que sea difícil dar con él. Visitaremos todos los clubs nocturnos de Chicago y preguntaremos por el tipo. Lo encontraremos, Cora. Y le obligaremos a decir lo que hizo con Eva Meeker, si es que hizo algo malo.

—Os quedaré muy agradecida, muchachos.

Buck le cogió la mano y se la apretó tiernamente.

—Confía en nosotros, Cora.

La prostituta le sonrió dulcemente.

—Confío, Buck. Confío mucho.

Buck la besó.

Al ver que su compañero se recreaba en la caricia. Tony se puso en pie y dijo:

—Corta, socio, que tenemos que irnos. Nos han encargado un caso y debemos resolverlo cuanto antes.

Buck interrumpió el beso.

—Tony tiene razón. Cora. Ya seguiremos con esto en otro momento.

—Cuando quieras, Buck.

Oland se levantó del sofá.

La prostituta hizo ademán de imitarle, pero Buck la cogió por los hombros y le impidió levantarse.

—Quédate sentada y descansa. Cora.

—Tengo que acompañaros a la puerta...

—No es necesario, sabemos dónde está.

—Como queráis.

Tony y Buck se despidieron de Cora Pardy y abandonaron el apartamento.

Cora Pardy permaneció una media hora en el sofá, tumbada boca arriba, para descansar más cómodamente.

En todo ese tiempo no dejó de pensar en Tony Laven y Buck Oland.

Y en Eva Meeker, por supuesto.

¿La encontrarían...?

Cora estaba segura de que sí, pero temía que no la hallasen en buen estado físico.

Había cada sádico por ahí...

Cora empezó a sentir algo de apetito y se levantó del sofá para prepararse la cena.

Todavía le dolía todo el cuerpo, especialmente los pechos, así que, tan pronto acabó de cenar, fue a su habitación y se despojó de la bata.

Antes de meterse de nuevo en la cama, se miró en el espejo del armario ropero, que reflejó la imagen de su cuerpo desnudo y maltratado por Ronnie Derek y sus amigos.

Tenía infinidad de moretones.

Y de señales de mordiscos.

—Cerdos, salvajes, hijos de perra... —masculló, y se dispuso a acostarse.

En ese preciso instante, llamaron a la puerta.

Cora Pardy dio un respingo de alegría, pues pensó que eran Buck Oland y Tony Laven, que le traían noticias de Eva Meeker.

Se enfundó rápidamente la bata y corrió a abrir.

Cuando tiró de la puerta, la sangre se le heló en las venas.

No eran Tony Laven y Buck Oland, sino Ronnie Derek y sus amigos.

Ronnie, que esgrimía una navaja de resorte, acercó el arma al vientre de la prostituta y advirtió:

—Sí gritas, te saco la punta de la navaja por la espalda.

CAPÍTULO XI

En sólo una hora. Tony Laven y Buck Oland habían visitado media docena de clubs nocturnos, pero sin ningún resultado positivo, pues en ninguno de ellos pudieron darles pista alguna sobre el tipo que la noche pasada se llevara a Eva Meeker de Las Antorchas.

Al salir del último de los locales visitados, Buck dijo: —Tengo hambre, Tony.

—Yo también.

—¿Por qué no comemos algo y luego continuamos?

—Sí, es lo que vamos a hacer, Buck. Saciaremos nuestro apetito en ese bar que había cerca de donde cazamos los gatos. No está lejos de aquí.

—Tú lo que quieres es ver si te tropiezas de nuevo con Ann Kanter.

Tony rió.

—Lo adivinaste, socio.

—Te gustó la chica, ¿eh?

—Mucho. Hasta soñé con ella...

—¡Y menudo sueño tuviste, bribón! —rió Buck.

Entraron los dos en el viejo Dodge y Tony lo puso en marcha.

Poco después, se hallaban frente al bar elegido por Tony para saciar su apetito.

Salieron del coche y Tony dijo:

—Entra tú y encarga unos bocadillos y un par de cervezas. Buck. Me reuniré contigo en unos minutos.

—Está bien, socio —sonrió Oland, y se metió en el bar.

Tony fue directamente al piso de Ann Kanter, caminando con paso rápido. Lo, alcanzó en tres minutos, porque se hallaba cerca del bar, y oprimió el timbre.

Ann Kanter tardó sólo diez segundos en abrir, vistiendo un ceñido pantalón color marfil y una blusa de tirantes, de un rojo muy intenso. Sus azulados ojos brillaron al descubrir a Tony Laven, y a éste le pareció que brillaban de interés, no de furia.

—Hola, Ann —saludó a la bella muchacha, sonriéndole.

—Vaya, gracias por no llamarme rubia —repuso ella, con ironía.

—Te prometí que no olvidaría tu nombre.

—Yo tampoco he olvidado que es usted un sinvergüenza, Tony.

—¿Lo dices por el beso?

—Claro.

—¿Te molestó que te besara?

—Sí.

—¿Y por qué no me echaste a tu perro?

—No me dio tiempo. Cuando reaccioné, Buck y usted ya se habían largado.

—Bueno, puedes echármelo ahora.

—Tal vez lo haga.

Tony rió.

—No, no lo creo.

—¿Por qué está tan seguro?

—Sé que no estás enfadada conmigo, Ann. Te has alegrado de verme, aunque no tanto como yo de verte a ti.

—Como se me ponga galante, llamo a «Leoncio».

Y le advierto que todavía no le he dado la cena.

—Oh, entonces debe de estar hambriento.

—Mucho.

—No dejaría de mí ni los zapatos.

—Seguro que no.

Tony volvió a reír.

—Será mejor que me vaya, pues. No quiero que «Leoncio» me devore.

—Sí no se muestra atrevido, no corre ningún peligro.

—¿Estás invitándome a que me quede, Ann?

—Tal vez no debería, tratándose de un desconocido, pero si quiere pasar, le ofreceré una copa.

—No sabes cuánto te lo agradezco, Ann, pero no dispongo de tiempo. Buck me espera.

—¿Abandonaron el asunto de los gatos?

—Oh, no —rió Tony.

—¿Lograron cazar alguno anoche?

—Sí, tuvimos suerte y atrapamos nueve. Los hemos vendido esta mañana.

—Me alegro mucho.

—Esta tarde nos encargaron un caso, Ann, y Buck y yo ya estamos trabajando en ello —dijo Tony.

—De eso aún me alegro más.

—Bueno, ya me he entretenido demasiado. Tengo que irme, Ann.

—Adiós. Tony. Y suerte en el caso.

—Gracias. ¿Puedo venir otra noche a tomarme esa copa, Ann?

—Bueno.

—Ann...

—¿Qué?

—No sólo tenía ganas de verte, también de besarte. ¿Me echarás al perro si...?

—Puede que sí y puede que no —sonrió coquetamente la muchacha.

—Bueno, creo que voy a arriesgarme —Tony la enlazó por el talle—. Si me lo echas, procuraré correr más deprisa que él —añadió, y la besó en los labios.

No fugazmente, como la noche anterior, sino larga y apretadamente, saboreando de la cálida y húmeda boca de Ann Kanter.

Y a ella no debió de disgustarle que la besara así, porque le echó los brazos al cuello y apoyó el pecho contra él, colaborando ya activamente en la caricia.

Llevarían ya cosa de tres minutos así, boca contra boca, cuerpo contra cuerpo, cuando se oyó un ladrido.

Tony respingó e interrumpió el beso.

—¡Es «Leoncio», Ann! —gritó, soltándola.

La muchacha se echó a reír.

—No te asustes. Tony. No te hará nada, sabe que me caes bien.

—¿De veras?

—Sí, se lo dije anoche, cuando Buck y tú os marchasteis. Quería salir detrás de ti.

—Gracias por no dejarle.

—Dale la mano a «Leoncio», Tony.

—¿Seguro que no me la cercenará de una dentellada?

—No, hombre —volvió a reír Ann—. Te demostraré que es tu amigo.

—Me arriesgaré —murmuró Tony, y tendió su diestra al perro.

«Leoncio» alzó una de sus patas delanteras y se la puso en la mano.

Tony se la estrechó, riendo.

—¡Es cierto, Ann! ¡Tu perro y yo nos hemos hecho amigos!

—¿No te lo decía yo?

—¡Cuando se lo cuente a Buck, no se lo va a creer!

—No le hagas esperar más, Tony.

—Tienes razón, no debo quedarme más tiempo contigo. Y conste que nada me gustaría más, Ann.

—A mí también me gustaría, Tony. Pero el trabajo es lo primero.

—Volveré en cuanto pueda, Ann, te lo prometo.

—Te estaré esperando.

Tony la besó de nuevo, aunque sin entretenerse esta vez, y luego se lanzó escaleras abajo.

* * *

—Retrocede, Cora. Despacio —ordenó Ronnie Derek, presionando ligeramente con su navaja en el vientre de la prostituta.

Cora Pardy sintió un leve pinchazo y no dudó en obedecer.

Sentía deseos de gritar, pidiendo socorro, pero logró reprimirse, porque sabía que el bastardo de Ronnie era muy capaz de cumplir su amenaza y atravesarle el vientre con su arma.

Ronnie, Allen y Jacky penetraron en el apartamento de la prostituta, caminando con las piernas separadas, porque a los tres les seguían doliendo los órganos genitales, y al menor roce, veían todas las estrellas del firmamento aunque estuviese nublado.

—Cerrad la puerta —indicó Ronnie a sus compañeros.

Fue Allen quien cerró.

Su boca daba escalofríos, con los labios tan hinchados y tan amoratados, y tantos huecos en la dentadura, consecuencia todo ello del terrible patadón que le soltara Buck Oland en la raja bucal.

Jacky, además de pálido, caminaba encogido, porque el hígado le dolía mucho más cuando se erguía. Como se recordará, Buck le hundió la puntera del zapato allí y se lo subió hasta la garganta.

Después le bajó, pero hecho foie-gras.

Y así seguía...

Cora Pardy, pálida como un difunto, preguntó:

—¿Me vais a violar otra vez?

—Nos gustaría, pero no podemos —masculló Ronnie—. ¿No ves cómo caminamos? Parecemos patos, por culpa de esos dos hijos de perra que nos atacaron cuando nos estábamos divirtiendo contigo. Tardaremos bastante en estar nuevamente en condiciones de hacer el amor con una mujer. Suponiendo que no nos hayan desgraciado para siempre, que también es posible, porque nos atizaron muy duro y los órganos genitales son muy delicados.

—¿Qué queréis de mí, entonces?

—Vengarnos.

La prostituta se aterrorizó aún más.

—No os denuncié a la policía, Ronnie.

—Lo sabemos.

—¿Por qué queréis vengaros de mí, entonces?

—No queremos vengarnos de ti, Cora, sino de los tipos que nos machacaron los genitales. Vamos a liquidarlos a los dos, pero antes de expirar sufrirán mucho, porque los «trabajaremos» largamente con nuestras navajas. Y, de manera especial, lo que tú te imaginas.

A Cora Pardy se le pusieron los pelos de punta.

Con el fin de evitar que Ronnie Derek y sus amigos sorprendieran a Tony Laven y Buck Oland, y se ensañaran con ellos antes de matarlos, dijo:

—No conozco a los tipos, Ronnie. No me dijeron sus nombres ni dónde vivían. No podréis dar con...

La prostituta no pudo seguir hablando, porque Ronnie Derek le soltó un revés y la tiró al suelo.

Cora dio un grito y se llevó la mano a la boca, por cuya comisura derecha resbalaba ya la sangre.

Ronnie, con los ojos brillantes de ira, masculló:

—Mientes, perra. Pero no te servirá de nada, porque nosotros te obligaremos a «cantar». ¡Sujetadla, muchachos! ¡Y tapadle la boca, para que no pueda gritar!

CAPÍTULO XII

Después de zamparse los bocadillos y beberse las cervezas en aquel bar tan próximo al piso de Ann Kanter, Tony Laven y Buck Oland reanudaron la búsqueda del apuesto y elegante sujeto que se llevara a Eva Meeker del club Las Antorchas la noche pasada.

La suerte les acompañó y apenas media hora más tarde, al preguntar en un popular club nocturno, una de las camareras sonrió y dijo:

—Están buscando ustedes a Don Lorimer, no hay duda.

—¿Le conoces, preciosa?— inquirió Tony.

—Sí, suele venir bastante por aquí.

—¿Sabes dónde vive? —preguntó Buck.

—Claro. He estado varias veces en su casa. Don es un tipo muy atractivo y un amante muy experto. Sabe hacer gozar de verdad a una mujer. Siempre que me invita a pasar la noche con él, acepto encantada.

—Danos su dirección, guapa —rogó Tony—. Nos urge hablar con él.

—¿Son ustedes policías?

—No, no somos policías.

—¿Qué son, entonces?

—Detectives privados.

—¿Está metido Don en algún lío?

—Tal vez no, pero no lo sabremos mientras no le interroguemos.

La camarera les dijo dónde vivía Don Lorimer. Tony y Buck dieron las gracias a la chica y abandonaron el club.

* * *

Don Lorimer vivía en un magnífico apartamento.

Cuando sonó el timbre, se hallaba en la cama.

Y no estaba solo.

Una rubia de formas exuberantes compartía su lecho.

Los dos se encontraban desnudos y se acariciaban mutuamente, mientras preparaban el íntimo acoplamiento de sus cuerpos.

Por eso les molestó tanto a ambos que llamaran a la puerta.

—¿Quién diablos será, a estas horas? —rezongó Don.

—Alguien muy inoportuno, de eso no hay duda —refunfuñó la rubia, enfriándose.

—Iré a ver.

—No tardes, Don. Quiero sentirte dentro de mí.

—Y yo dentro de ti, muñeca —sonrió Lorimer, y le dio un beso.

Después, se levantó de la cama, se puso la bata y salió de la habitación, descalzo. Al abrir la puerta, se encontró a dos hombres totalmente desconocidos para él.

—¿Don Lorimer...? —preguntó el menos corpulento de ellos.

—Sí, yo soy. ¿Quiénes son ustedes y qué desean?

—Me llamo Tony Laven, y mi compañero, Buck Oland. Somos detectives privados.

Alguien nos encargó que busquemos a Eva Meeker, la prostituta que salió con usted anoche del club Las Antorchas. La chica ha desaparecido.

Don Lorimer palideció visiblemente.

—Les han informado mal, amigos. Yo no estuve anoche en el club Las Antorchas. No conozco a ninguna prostituta llamada Eva Meeker.

—Haga memoria, Lorimer.

—Es la verdad, ni siquiera sé dónde está ese club.

—Ayúdale a recordar, Huck.

—Con mucho gusto —sonrió Oland y le soltó un trallazo al tipo.

Don Lorimer rodó por el suelo como una pelota.

Tony y Buck penetraron en el apartamento y cerraron la puerta.

Lorimer no esperó a que los detectives privados se le acercaran y le sacudieran de nuevo, sino que brincó del suelo y corrió hacia su habitación.

Tony y Buck se lanzaron tras él.

Lorimer entró en su habitación y se abalanzó sobre la mesilla de noche, en cuyo cajón guardaba una pistola.

Logró abrirlo, pero Tony Laven se encargó de cerrarlo una fracción de segundo después, pillándole la mano.

Don Lorimer aulló como un coyote.

Tony le estrelló el puño en la sien y lo hizo caer sobre la cama.

Sobre la rubia, mejor dicho, que seguía tendida boca arriba en ella, mostrándolo todo, porque la sábana estaba bajada hasta los mismos pies de la cama.

La chica dio un grito.

Lorimer, medio atontado por los golpes y con la mano derecha prácticamente inútil, trató de incorporarse, pero Buck Oland cayó sobre su espalda y le agarró los dos brazos.

—¡Habla, Lorimer!

Como el tipo siguió callado, Buck le retorció ambos brazos.

Don aulló de nuevo.

—Te aconsejo que confieses, Lorimer, o mi amigo te romperá los dos brazos —advirtió Tony—. Afloja, Buck. Pero no lo sueltes. Puede que nos cuente alguna mentira, y entonces tendrías que apretarle las tuercas de nuevo.

—Entendido, Tony.

—Vamos, Lorimer, desembucha. ¿Dónde llevaste a Eva Meeker? ¿Qué hiciste con ella? ¿Por qué no aparece?

Don Lorimer, antes de responder, miró a la rubia que había elegido para pasar la noche.

La chica, asustada, no decía nada.

Ni siquiera parecía recordar que se hallaba en traje de Eva.

Claro que Don, al caer sobre ella, había dejado a cubierto, bajo su cuerpo, sus pechos y su sexo.

—Estamos esperando, Lorimer —apremió Tony.

—Eva Meeker está muerta... —confesó Don.

Tony y Buck se estremecieron.

—¿La mataste tú, Lorimer? —interrogó el primero.

—No, los gatos de Edward Boyd.

—¿Gatos...? —Respingó Buck, mirando a su compañero.

—Sí, gatos asesinos. Edward Boyd compra gatos callejeros a diez dólares y les enseña a atacar a las personas, a destrozarlas con sus garras y con sus dientes... Está loco de remate, pero yo no puedo negarme a llevarle un par de prostitutas por semana, porque le debo mucho dinero. Edward hace el amor con ellas y luego les echa a sus gatos asesinos, para que las hagan pedazos. Es su manera de vengarse del abandono de Rhonda, su mujer, y de lo que el gato que ella tenía, «Pirracas», hizo con él.

Seguidamente, Don Lorimer contó a Tony Laven y Buck Oland lo que el gato de Rhonda hizo con Edward Boyd, horrorizándolos a los dos.

También la rubia amiga de Don se horrorizó.

Lorimer siguió hablando:

—Cuando Edward Boyd conoció a Rhonda, ella ejercía la prostitución. A Edward no le importó que Rhonda fuera prostituta, y le pidió que se casara con él. Ella aceptó y se unieron en matrimonio. Pero pronto empezaron los problemas. Discutían muy a menudo, y el pasado de Rhonda siempre salía a relucir. Cuando Edward se acaloraba, llamaba puta a su mujer. Ella le daba una bofetada y él se la devolvía. Aquello no podía continuar y llegó el divorcio, poco después de que el gato de Rhonda atacase a Edward y le destrozase la cara. Edward odia tanto a las prostitutas porque Rhonda también lo era y por eso las elige como víctimas. Sus gatos asesinos han matado ya a siete prostitutas.

Tony Laven y Buck Oland cambiaron una mirada, impresionados por el relato de Don Lorimer.

—Llamaré a la policía —dijo Tony, y descolgó el teléfono que descansaba sobre la mesilla de noche.

CAPÍTULO XIII

Seis coches de la policía rodearon la antigua y solitaria casa de Edward Boyd, que iluminaron con sus potentes faros.

Los agentes empezaron a descender de los vehículos, sujetando por las correas a la docena larga de perros que traían con ellos, para que hicieran frente a los gatos asesinos, caso de que Edward Boyd, al verse atrapado, los lanzase contra los policías.

Tony Laven y Buck Oland descendieron del coche del teniente Barrows, al que conocían desde que empezaron a dedicarse a la investigación privada.

Barrows no había dudado en felicitar a la pareja de detectives, después de ser informados por éstos. En el Departamento habían denunciado la misteriosa desaparición de varias prostitutas, y varios agentes venían investigando, con nulos resultados.

Ahora, y gracias a Tony Laven y Buck Oland, todos esos casos iban a quedar resueltos.

En realidad, lo estaban ya.

Sólo faltaba atrapar al loco de Edward Boyd y a su flaca y fea sirvienta.

Tarea de niños, de no ser porque Edward disponía de un gran número de gatos, especialmente adiestrados por él para atacar, morder y arañar.

Eso era lo que hacía difícil la misión.

Los gatos asesinos.

El teniente Barrows conectó el altavoz de su coche y tomó el micro.

—¡Edward Boyd, le habla la policial! ¡Hemos detenido a Don Lorimer y lo ha confesado todo! ¡Salgan usted y su sirvienta con las manos en alto y no les pasará nada!

Transcurrió un minuto...

Dos...

Tres...

Nada sucedió.

Edward Boyd y Lorenza no dieron señales de vida.

El teniente Barrows habló de nuevo a través del micro.

—¡Es inútil que se resistan, Boyd! ¡Tenemos la casa cercada, no tienen escapatoria posible! ¡Si no salen con las manos en alto, entraremos por ustedes y pueden resultar lastimados! ¡No sean tercos y obedezcan!

De nuevo se hizo el silencio, apenas roto por los leves gruñidos que emitían los perros.

Como transcurrieron otros tres minutos sin que Edward Boyd y su sirvienta salieran de la casa, Tony Laven dijo:

—No hay más remedio que entrar, teniente.

—Sí, no quieren salir por las buenas —rezongó Barrows.

—Que entren los perros primero, teniente —sugirió Buck Oland—. Seguro que los gatos nos están esperando.

—Ya lo había pensado —repuso Barrows, y dio instrucciones precisas a sus hombres, todos ellos armados con metralletas.

Segundos después, la puerta de la casa era forzada y los perros irrumpieron en ella, soltando ladridos.

Ladridos que se confundieron con los feroces maullidos de los gatos asesinos, quienes, efectivamente, estaban esperando que los perros entrasen en la casa, para atacarles furiosamente.

Los bravos perros empezaron a soltar dentelladas, pero los gatos eran muy superiores en número, y también los canes sintieron en sus carnes los dientes y las garras de los felinos asesinos.

Algunos gatos cruzaron la puerta, con intención de atacar a los policías, pero éstos hicieron funcionar sus metralletas y los barrieron a todos.

Tony Laven y Buck Oland también disponían de sendas metralletas, facilitadas por el teniente Barrows, y le dieron igualmente al gatillo, fulminando gatos.

En el vestíbulo de la casa, la encarnizada y sangrienta lucha entre los perros de la policía y los gatos asesinos continuaba, en medio de potentes ladridos y fieros maullidos.

Unos cuantos felinos más saltaron fuera de la casa y buscaron los cuerpos de los policías y la pareja de detectives privados, pero las certeras ráfagas de metralleta acabaron de manera fulminante con todos ellos.

—¡Entremos en la casa! —ordenó el teniente Barrows—. ¡Tenemos que ayudar a los perros a acabar con los gatos asesinos, antes de que éstos acaben con ellos!

Los policías penetraron en la casa.

También Tony Laven y Buck Oland.

Las metralletas funcionaron de nuevo, abatiendo gatos.

Aún quedaban bastantes con vida, pero yacían muchos en el suelo, destrozados por los colmillos de los perros.

También algunos canes habían perdido la vida, y otros se hallaban malheridos.

Las metralletas decidieron la lucha, y los pocos gatos que quedaban con vida emprendieron la huida, lanzándose hacia la escalera que conducía al piso alto.

Súbitamente, el monstruoso Edward Boyd surgió en lo alto de la misma, cubierto sólo con el pantalón de un pijama y empuñando una escopeta de doble cañón, con la que apuntó a los gatos que huían de la lucha y subían ya por la escalera.

—¡Volved a la lucha, cobardes! ¡Acabad con los perros y con los

malditos policías! —rugió, despidiendo llamaradas por su único ojo. Los gatos asesinos no le hicieron ningún caso y siguieron salvando los peldaños a saltos.

Edward Boyd disparó su escopeta y destrozó dos gatos, pero los restantes saltaron sobre él y le clavaron sus dientes y sus afiladas uñas en el torso desnudo, en los hombros, en el cuello, en el rostro, repleto de cicatrices...

El loco cayó al suelo, aullando estremecedoramente.

Se revolcó en lo alto de la escalera, pero no pudo librarse de los gatos, que siguieron ensañándose con él, con el hombre que los había enseñado a atacar, a destrozarse, a matar.

El teniente Barrows, sus hombres y la pareja de detectives privados corrieron en auxilio de Edward Boyd, pero ya nada pudieron hacer por él.

Cuando llegaron a lo alto de la escalera y le libraron de los gatos asesinos, matándolos a todos, Edward Boyd era ya cadáver.

Un espantoso cadáver, cubierto de heridas profundas y de sangre, sin ojos, porque el que le quedaba le había sido arrancado de su cuenca por un certero zarpazo.

Algo realmente espeluznante.

* * *

Lorenza, la fea sirvienta, fue detenida, esposada y conducida a uno de los coches.

Tony Laven y Buck Oland regresaron a Chicago en el coche del teniente Barrows, quien volvió a felicitarles y les agradeció su colaboración.

—Cuando la Prensa, la Radio y la Televisión hablen de este caso, y de los dos hombres que lo resolvieron, os van a llover los clientes, muchachos —profetizó.

—Ojalá sea así, teniente —sonrió Tony—. Nosotros tenemos muchas ganas de trabajar. ¿No es cierto, socio?

—¡Muchísimas! —Cabeceó Buck.

—No vais a dar abasto, os lo garantizo —rió Barrows.

Ya en la ciudad. Tony Laven y Buck Oland fueron al apartamento de Cora Pardy, para informar a la prostituta de todo.

Era ya muy tarde, pero dado que Eva Meeker había muerto. Tony y Buck no quisieron esperar a la mañana siguiente. Cora debía saberlo aquella misma noche. Llamaron a la puerta.

Como la prostituta no acudía a abrir. Buck dijo:

—Debe de hallarse profundamente dormida, y no oye el timbre.

—Tal vez podamos abrir nosotros, con una de nuestras ganzúas.

—Excelente idea. Tony. Prueba a ver.

Tony Laven extrajo un completo juego de ganzúas del bolsillo de su

chaqueta.

Antes de un minuto, la puerta estaba abierta.

Tony y Buck entraron en el apartamento de Cora Pardy.

Las luces estaban apagadas pero los detectives privados pudieron distinguir un bulto en el suelo, inmóvil.

Parecía el cuerpo de una persona.

De una mujer...

Tony encendió rápidamente la luz del recibidor.

—Oh, Dios, no... —exclamó ahogadamente Buck, al descubrir a Cora Pardy tirada en el suelo, con la bata totalmente abierta, mostrando su cuerpo desnudo, manchado de sangre, porque la navaja de Ronnie Derek le había causado múltiples y dolorosas heridas en los pechos, en el vientre, en las caderas, en los muslos...

—Esto es obra de los tipos que la violaron anoche —adivinó Tony, roncamente, y se acercó a la desvanecida y ensangrentada Cora.

Fue entonces cuando Ronnie Derek, Allen y Jacky salieron de sus escondites, esgrimiendo sus navajas.

—¡Cuidado, Tony...! —chilló Buck, que fue el primero en descubrir al trío de canallas.

Laven dio un salto y esquivó el mortífero navajazo de Ronnie Derek quien, al fallar el traidor ataque, dio con sus huesos en el suelo.

Ahora fue Allen quien atacó a Tony.

Y Jacky a Buck.

Los dos detectives lograron burlar las navajas de sus enemigos y contraatacar con tremenda efectividad.

Ellos no disponían de navajas, pero tenían un par de magníficos puños cada uno, y dieron buena cuenta de Allen y Jacky.

Ronnie Derek se irguió, dispuesto a atacar de nuevo a Tony Laven.

Buck Oland quiso hacerle frente, pero Tony gritó:

—¡Es mío. Buck!

Oland dejó que su compañero diera su merecido al bastardo de Ronnie.

Tony se agachó con rapidez y recogió la navaja de Allen.

Con ella en la diestra, se enfrentó a Ronnie.

Tenía unas ganas locas de hundírsela en el vientre, para vengar así todo lo que Ronnie y sus amigos habían hecho sufrir a Cora Pardy.

Y se la hundió.

Hasta la empuñadura.

Ocurrió tras el ataque de Ronnie Derek.

Tony Laven se escabulló con sorprendente habilidad y proyectó su navaja hacia el cuerpo de Ronnie, de forma centelleante.

Y él no falló.

Ronnie Derek emitió un grito ronco, soltó su navaja, se agarró el vientre con las dos manos, del que ya fluía la sangre en cantidad, se

tambaleó unos segundos y luego se desplomó, quedando inmóvil en el suelo, con los ojos muy abiertos.

Ya no violaría ni torturaría con su navaja a nadie más.

Estaba muerto.

EPÍLOGO

Cuando Cora Pardy volvió en sí, se encontró acostada en la blanca cama de una de las habitaciones del hospital al que había sido llevada por Tony Laven y Buck Oland.

Las heridas que la causara Ronnie Derek con su navaja ya habían sido atendidas.

Tony y Buck se hallaban junto a ella, esperando que recobrara el sentido. Buck le tomó la mano y se la oprimió suavemente.

—¿Cómo te sientes, Cora?

—Bien —forzó una sonrisa la prostituta.

—Ronnie Derek ha muerto, y Allen y Jacky están en manos de la policía —informó Tony, cogiéndole la otra mano.

—Querían que les diese vuestros nombres, para ir en vuestra busca y mataros a los dos, después de haceros sufrir horriblemente. Yo les dije que no conocía vuestros nombres pero no me creyeron. Ronnie ordenó a Allen y Jacky que me sujetaran y me cubrieran la boca y él me torturó con su navaja. Me hizo sufrir mucho y me desvanecí varias veces, pero no les dije nada.

Buck se inclinó y le dio un cálido beso en la mejilla.

—Eres una chica muy valiente. Cora.

—¿Sabéis algo de Eva Meeker?

Buck y Tony cambiaron una mirada.

El segundo comunicó:

—Ha muerto. Cora.

—Dios mío, no... —musitó la prostituta, cuyos ojos se empañaron rápidamente.

Tony y Buck le refirieron lo sucedido.

Cora Pardy, horrorizada, rompió en amargos sollozos.

Los detectives trataron de consolarla.

—Vamos, Cora, cálmate —rogó Buck, acariciándole el cabello.

—Tienes que olvidar lo sucedido —aconsejó Tony.

—No sé si podré —siguió sollozando la prostituta.

—Yo te ayudaré, Cora —prometió Buck—. Me quedaré contigo toda la noche. Cuidaré de ti.

—Gracias —le sonrió ella.

Buck volvió a besarla, ahora en los labios, y luego le susurró al oído.

—Ponte bien lo antes posible, Cora. Tengo ganas de hacer el amor contigo.

—Y yo contigo, Buck. Y no te cobraré nada.

—Estupendo.

Tony Laven carraspeó y dijo:

—Me parece que aquí estoy de más, así que me marchó.

Buck lo miró.

—¿Vas a ir a ver a Ann Kanter?

—Tú debes de tener una bola de cristal, socio —rió Tony, porque su compañero le había adivinado el pensamiento.

Poco después abandonaba el hospital, montaba en el viejo y petorrearante Dodge, y se dirigía al piso de Ann Kanter.

La muchacha le abrió en camisón, muy corto y sugestivo.

—Tony... —murmuró, gratamente sorprendida.

—Te prometí que volvería en cuanto pudiera, ¿no?

—Sí, es cierto.

—¿Es una hora demasiado intempestiva, tal vez?

—Para tomar una copa, quizá.

—No he venido por la copa, Ann. He venido por ti.

—Lo sé.

—¿Me dejas pasar la noche contigo?

—Mi cama es más bien pequeña, Tony.

—Dormiremos abrazados y no nos caeremos —sonrió Laven, que ya rodeaba la cintura femenina.

—Es una buena idea —sonrió a su vez, Ann Kanter. Tony la besó con ganas, al tiempo que la abrazaba apretadamente.

Ella le devolvió el beso con la misma intensidad. «Leoncio» soltó un ladrido, pero Tony no soltó a Ann.

Ya no le tenía miedo al perro.

Sabía que era su amigo.

F I N

Table of Contents

CAPÍTULO PRIMERO

CAPÍTULO II

CAPÍTULO III

CAPÍTULO IV

CAPÍTULO V

CAPÍTULO VI

CAPÍTULO VII

CAPÍTULO VIII

CAPÍTULO IX

CAPÍTULO X

CAPÍTULO XI

CAPÍTULO XII

CAPÍTULO XIII

EPÍLOGO